

EL TEATRO  
MODERNO



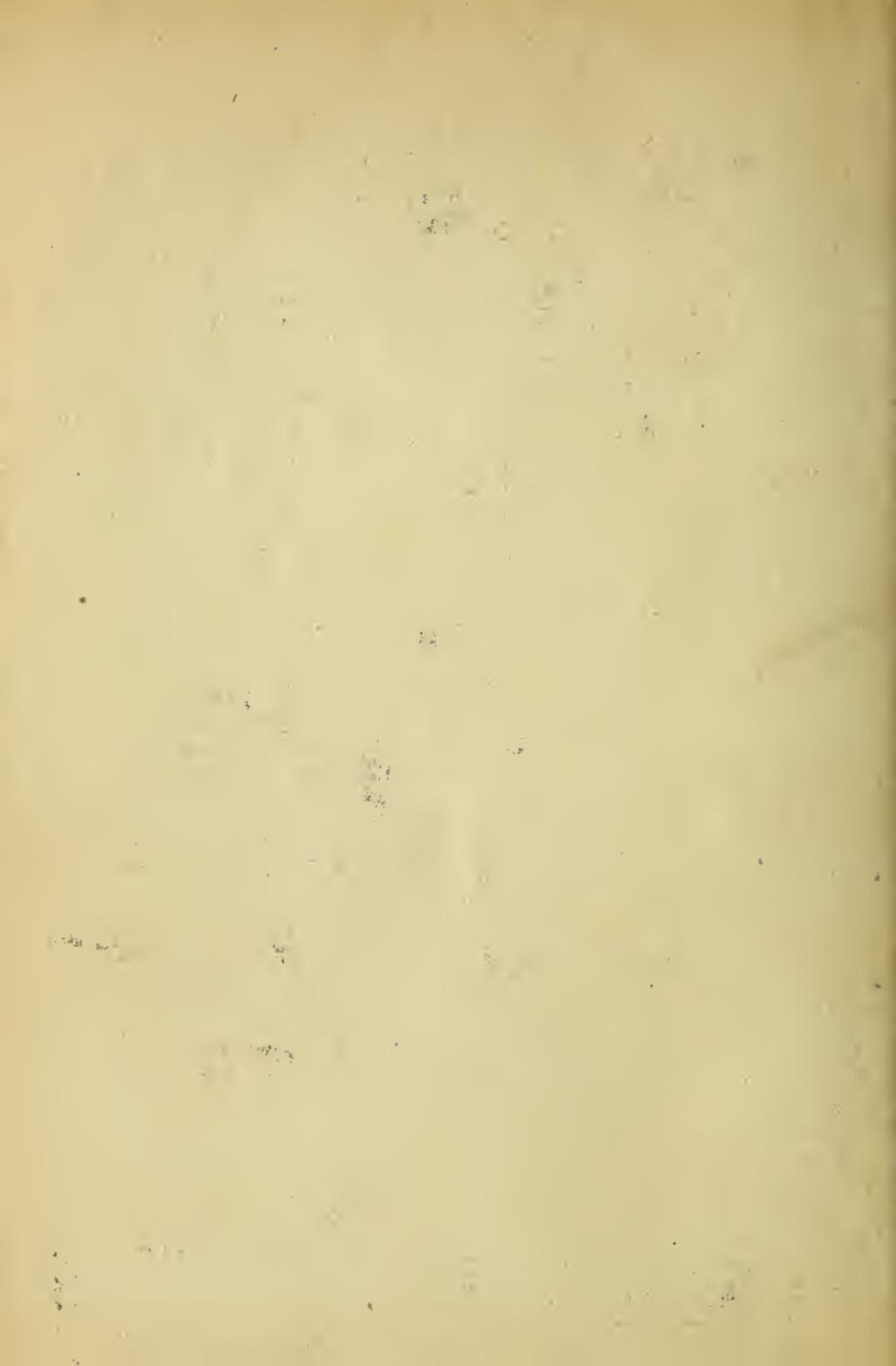
4445

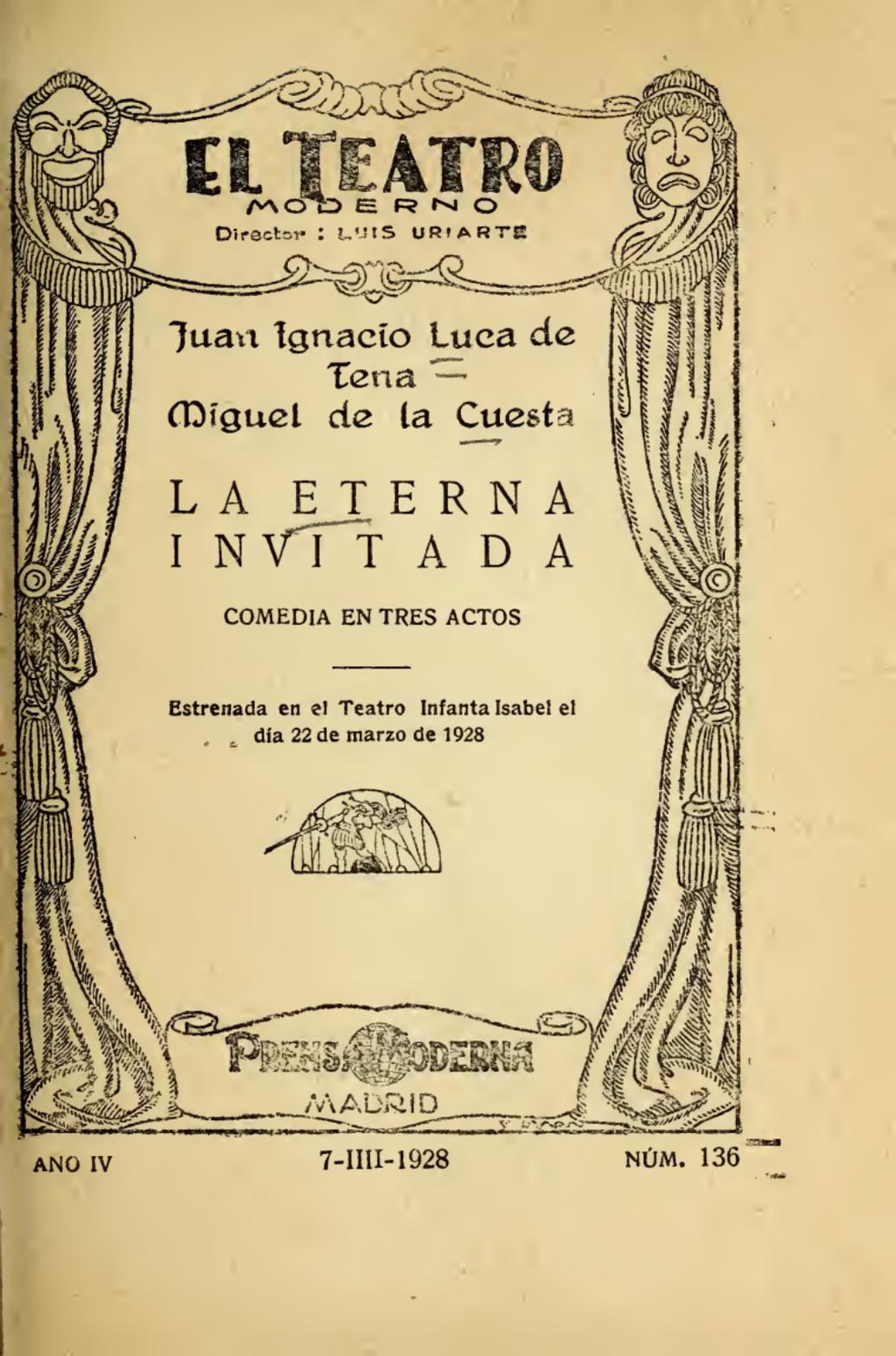
JUAN IGNACIO LUCÁ DE TENA  
Y MIGUEL DE  
LA CUESTA

La  
eterna  
invitada.



50 CENTIMOS





# EL TEATRO

MODERNO

Director : LUIS URIARTE

Juan Ignacio Luca de  
Tena —  
Miguel de la Cuesta

## LA ETERNA INVITADA

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el Teatro Infanta Isabel el  
día 22 de marzo de 1928



PRENSA MODERNA  
MADRID

## REPARTO

### PERSONAJES

### ACTORES

Pitita Alonso... ..	<i>Angelina Vilar.</i>
Pilar, Marquesa de Ruzafa... ..	<i>Concha Ruiz.</i>
Elena Ruzafa... ..	<i>Isabel Garcés.</i>
Doña Felisa... ..	<i>María Brú (*).</i>
Gran Duquesa Olga... ..	<i>María Francés.</i>
Juan, Marqués de Ruzafa... ..	<i>Pedro Sepúlveda.</i>
Eduardo, Conde de la Vid... ..	<i>Pedro F. Cuenca.</i>
Don Gregorio... ..	<i>Arturo La Riva.</i>
Jenaro Ledesma... ..	<i>Antonio Suárez.</i>
Gran Duque Remigio... ..	<i>Salvador Mora (*).</i>
Mayordomo... ..	<i>Rafael Acebal.</i>
Dos criados (uno de ellos no habla)... ..	<i>Eduardo Olavide.</i> <i>Joaquín Campos.</i>

Derecha e izquierda, las del actor. Epoca actual. La acción de los tres actos en una villa de Biarritz.

---

(\*) *N. de los A.*—Nuestro agradecimiento efusivo a los ilustres actores María Bru y Salvador Mora, que se han prestado amablemente a desempeñar dos papeles inferiores a su categoría.

## A LUIS SOLER PUCHOL

*Verdadero primer espectador de las primeras escenas de esta comedia, en testimonio de inquebrantable amistad.*

JUAN IGNACIO

MIGUEL

### DECORACION UNICA

Amplia estancia de estilo vasco, que tiene mucho de *serre* y un poco de *hall*, en un lujoso *chalet* cerca de Biarritz. Una gran parte del foro, toda su izquierda y un poco de su derecha, está ocupado por una gran vidriera, en cuyo centro se abre la puerta de entrada a la casa que da al jardín. A la derecha, en primer término, se prolonga la escena hacia dentro en un hueco grande, de manera que hay una parte de la escena donde puede haber acción, pero que permanece invisible para el público. En segundo término derecha, escalera de madera que forma ángulo con las vidrieras del foro. Otra puerta en primer término izquierda. Sillones, mesitas, plantas. Lámparas con pantallas.

### ACTO PRIMERO

*(Pitita, sola en escena, está hablando por teléfono. Guapa, elegante. Más de veinticinco años y menos de treinta. Vestida con un traje de noche de color verde. Bastante escotada. Son las ocho de la tarde. Poca luz: la última del atardecer.)*

PITITA. *(Al teléfono.)* ¿Cómo estás, pichona?... ¿Ah, sí? ¿Pero no me hablas desde Hendaya?... ¡Ah, desde Biarritz! ¿Pero vas a pasar aquí la noche?... Chica, os lo agradezco mucho; pero no puedo. Pilar da también una comida. Comprenderás que, viviendo en su casa, no debo faltar... ¡Ja, ja, ja! Es que si fuera, creo que aquí también serían trece. De todos modos, muchas gracias. Adiós... Sí, adiós. Muchos recuerdos. *(Cuelga el teléfono y se pone a arreglar unos floreros que estarán, medio llenos, sobre una mesita. Pausa. El Mayordomo baja por la escalera.)*

669990

- MAY. Señorita Pitita: pregunta la señora Marquesa que si está la señorita ya vestida.
- PITITA. Ya ve usted que sí.
- MAY. También desea saber la señora Marquesa si están puestas todas las flores.
- PITITA. Aquí, sí. Me faltan las del comedor. Traígame usted más.
- MAL. No hay más flores, señorita Pitita.
- PITITA. ¿Que no hay más flores? Pero ¿no han traído las que, personalmente, fui a encargar yo esta tarde?
- MAY. No las han traído, señorita Pitita.
- PITITA. ¡Hay que ver! Luego la señora Marquesa me echará a mí la culpa.
- MAY. No digo que no, señorita Pitita.
- PITITA. Voy a telefonear. Susane, la encargada de la tienda, me aseguró que estarían aquí antes de las ocho. *(Se acerca al teléfono y hojea la lista antes de llamar.)*
- MAY. Esa mademoiselle Susane no ha tenido nunca formalidad.
- PITITA. Ya, ya. Encienda usted, que no veo. *(El Mayor-domo enciende las luces.)*
- MAY. No se moleste la señorita en mirar la lista. Es el número noventa y cinco.
- PITITA. Gracias. *(Al teléfono.)* ¡Hallo...! ¿Halló? Quatre vingt quinze s'il vous plait, mademoiselle.
- MAY. Deje la señorita, yo daré el recado.
- PITITA. *(Dándole el aparato.)* Diga usted que las traigan en seguida, por Dios. La comida es a las ocho y media, y van a dar las ocho.
- MAY. ¿Halló? ¿Es el Jardín des fleurs? Oiga... Oiga. De parte de la señora Marquesa de Ruzafa... ¿Cómo? *(Retirándose del aparato, a Pitita.)* ¡Je! Dice que no compran pa. ¡Qué sinvergüenza! De sobra que me entiende.
- PITITA. Traiga usted. *(Coge nuevamente el teléfono.)* Ecoutez... Je suis mademoiselle Alonso... A trois heures, j'ai été au magasin commander des fleurs pour madame la Marquise de Ruzafa. Vous m'avez promis de me les envoyer avant sept heu-

res... ¿Comment...? Mais il va être huit heures, mademoiselle... Alors c'est bien... Aurrevoir. (*Cuelga.*) Dice que ya han salido a traerlas; que como esto no está en el mismo Biarritz, no han tenido tiempo de mandar a nadie hasta ahora.

MAY. La cosa es molestarse lo menos posible cuando se trata de españoles; pero, eso sí, para todo hemos de ser los últimos. Si llega la señorita a decir que la comida de esta noche es en honor de los príncipes rusos esos, a las tres y media están aquí las flores.

PITITA. Es posible. (*Por el foro llega Elena con doña Felisa, su "carabina".*)

MAY. La señorita.

ELENA. ¡Hola! (*El Mayordomo hace mutis por la izquierda.*)

FELI. ¡Buenas tardes..., o noches..., o lo que sea!

ELENA. ¿Y mamá? ¿Ya estás vestida tú?

PITITA. ¡Pero hija, por Dios! Si son cerca de las ocho. Tu madre debe de estar impacientísima.

ELENA. Me he entretenido en Chiberta, sin darme cuenta de la hora.

PITITA. Corre a vestirte.

ELENA. Ya voy, ya. Doña Felisa, no venga usted mañana por la mañana a buscarme. Por la tarde, a las tres. ¡Ay, no; ahora me acuerdo! Por la tarde, tampoco, que creo que vamos a San Sebastián. Lo mejor será que me telefonee usted. ¡Ay, por Dios, qué vida! ¡Siempre con prisas! (*Sube corriendo por la escalera. Doña Felisa se deja caer en el sofá.*)

PITITA. ¡Ja, ja, ja! ¿Está usted cansada, doña Felisa?

FELI. ¿Cansada? ¿Yo? No, señorita, yo no me canso nunca.

PITITA. Perdone.

FELI. ¡Harta es lo que estoy! Hasta el moño. ¡Bueno, hasta donde debía tener el moño, que yo también me he cortado el pelo a la *garçonnel*!

PITITA. ¡Ja, ja, ja! (*Por el foro sale don Gregorio, el*

*capellán de la casa, un viejecito muy simpático. Trae manteo y sombrero de teja.)*

GREG.  
FELI.

No se queje, doña Felisa; no se queje. Buenas tardes, don Gregorio. ¿No voy a quejarme? ¿Usted cree que se me pasea el alma por el cuerpo como a usted? ¡Dichoso el día que se me ocurrió pasar el verano en Biarritz! En Madrid, en invierno, menos mal, algunas veces todavía queda tiempo para respirar; poco, ¿eh?, pero queda. ¿Aquí...? Como la temporada es más corta, quieren aprovechar hasta los minutos. Fíjese, don Gregorio, en las veinticuatro horas que llevo. Anoche tuve que acompañar a esta señorita y a la de casa al baile que daba la Tairena en Zarauz; cerca de ochenta kilómetros en automóvil; tuvimos que salir de aquí a las ocho de la tarde. Pues a las tres de la madrugada, cuando volvíamos, nos detuvieron en la frontera. ¡Una gracia! No querían dejarnos salir de España porque no teníamos permiso para pasar de noche. Media hora larga convenciendo al tío aquél. Al fin, echamos a andar, y al cuarto de hora, en Urrugne, ¡pan!, un reventón. Total, que llegamos aquí a las cinco. Pues esta mañana, a las once, ya me tenía usted en la playa acompañando a Lilita Serrada, a quien le ha salido un novio checoslovaco.

PITITA.  
FELI.

¡Ah! ¿Sí? Sí. Muy mono que es. A las tres de la tarde vine aquí a buscar a Elenita. Hemos ido de compras; a pie, naturalmente. Después hemos estado en Bayona; pero en tranvía, no vaya usted a creer. Luego hemos vuelto a Biarritz, y hemos tomado el te en "Dodin". A última hora, en el Golf de Chiberta, al que hemos ido por la sencilla razón de que está más lejos que el otro; ha hecho Elenita no sé cuántos agujeros. Hemos venido de prisa y corriendo porque tenía que vestirse para la comida de esta noche. ¡Y aquí me tiene usted, tan campante! En Madrid es otra cosa; se disimula un poco

más el afán de divertirse; siquiera se guardan las formas.

GREG. ¿Las formas?... Aquí sí que debían guardarse, doña Felisa. ¡Cómo van algunas mujeres, Santo Dios! ¡Qué vergüenza!

FELI. Y me voy, que tengo que hacer un recado en Biarritz. La señora Marquesa le ha encargado al portero que en cuanto llegase me dijera que traiga en seguida dos terrinas de caviar.

GREG. ¿Dos terrinas de caviar? Pero si me las encargó a mí, y las he traído esta tarde.

PITITA. Y a mí esta mañana; pero resultó que no había bastante. Ahora, que con cuatro yo creo que sobaban.

FELI. Por lo visto, no. Hasta luego. O hasta mañana. ¡Jesús, qué vida! *(Mutis doña Felisa por el foro. Quedan solos Pitita y don Gregorio.)*

PITITA. ¿Y usted, don Gregorio? ¿Qué ha sido de su persona esta tarde? Me chocó que se llevara usted el automóvil.

GREG. Esta tarde, señorita Pitita, también he corrido lo mío. Bueno, ha corrido el automóvil, que yo iba dentro. Y en una misión muy espinosa, en verdad. El ser capellán de una casa aristocrática tiene sus quiebras.

PITITA. ¿En una misión espinosa?

GREG. ¿No se la figura usted? Buscando al señor Marqués.

PITITA. ¿Pero qué me dice? ¿Pilar le ha encargado a usted...?

GREG. Sí, señorita, sí; que buscara a su marido para rogarle..., exigirle, mejor dicho, que asistiera a la comida de hoy.

PITITA. ¿Soplarán vientos de reconciliación, don Gregorio, o querrá tenerle de figura decorativa, dada la categoría de los invitados?

GREG. Yo creo que, más que por los Grandes Duques, la señora Marquesa desea que esté presente su esposo por otro de los comensales.

PITITA. ¿Por quién? Sé que somos catorce en la mesa; pero no me han dicho los nombres de todos.

- GREG. Pues, entre otros, el señor Conde de la Vid...
- PITITA. ¿Eduardo La Vid? ¿Viene Eduardo?
- GREG. ¿Usted le conoce?
- PITITA. Muchísimo. Desde que éramos niños. Y quiero a su madre casi como a la mía. Cuando sobrevino la ruina de esa casa, la Condesa viuda se refugió en Extremadura, en la única finca que les queda. En invierno suelo pasar algunas temporadas con ella.
- GREG. ¿Ah, sí? No sabía.
- PITITA. Sí.
- GREG. Yo he sido capellán de la señora Condesa.
- PITITA. No sabía.
- GREG. Pues sí; es una santa.
- PITITA. Es verdad. ¡Cuánto ha sufrido esa mujer!
- GREG. ¡Y con cuánta resignación! Pues, según parece, la señora Marquesa acaricia ciertos proyectos matrimoniales...
- PITITA. ¿De Eduardo con Elenita? Pero ¿qué me dice usted?
- GREG. Eso tengo entendido. No me haga usted mucho caso; pero... Por eso principalmente quiere que esté aquí esta noche el señor Marqués.
- PITITA. ¡Ya!... Me estoy cayendo de un nido, don Gregorio. ¿Y encontró usted a Juan?
- GREG. Verá usted. La señora Marquesa me dijo que estaba en San Sebastián, en el Cristina, y allá me fui. Pero en el hotel me aseguraron que hace dos días salió para Biarritz.
- PITITA. ¿Está aquí?
- GREG. Aquí, aquí. Verá usted. Al pasar, de regreso, por San Juan de Luz, me detuve en casa de Solana, que, como son tan amigotes, pensé que sabría su paradero. Pero, ¡ca!, no sabía nada. Ya desesperaba de encontrarlo cuando, hace media hora, me lo vi muy repantigado ante una mesa de Royalty. Le di el recado, y...
- PITITA. Le sentaría como un tiro.
- GREG. ¡Quiá! Se puso muy contento, y me dijo que en seguida vendría. ¡Je! A mí también me chocó tanta satisfacción. ¡Je!

PITITA. ¿Qué piensa usted, don Gregorio? ¿Que Juan anda mal de dinero, no?

GREG. Qué mal pensada es usted, Pitita; ¡qué mal pensada!

PITITA. ¿Y dice usted que en San Juan de Luz estuvo en casa de Solana? ¿Ha llegado ya Isabel?

GREG. La esperaban esta semana.

PITITA. Yo estoy comprometida a pasar con ellos unos días antes de volver a Madrid.

GREG. También en esa casa estuve yo de capellán.

PITITA. Isabel es muy simpática.

GREG. Muy simpática.

PITITA. Menos santa que la Condesa de la Vid, ¿no?

GREG. Qué mal pensada, Pitita; ¡qué mal pensada!

PITITA. Don Gregorio, ¿en cuántas casas habremos estado, usted de capellán, de amiga íntima yo?

GREG. ¡Uh...!

PIPITA. ¡La de secretos que conoceremos, habiendo vivido en tantas intimidades! ¡La de segundos papeles que hemos representado usted y yo al margen de muchos dramas, tragedias... y sainetes!

GREG. Algunos, algunos...

PITITA. Si nosotros habláramos, don Gregorio, ¡qué de cosas podríamos contar usted y yo!

GREG. ¡Qué de cosas! ¡Qué cosas! Dejemos esto, Pitita...; dejémoslo.

PITITA. Mejor es. (*Pausa.*) Usted, por las mañanas, en las casas donde ejerce su capellanía, es el representante de Dios.

GREG. Sí. Y por las tardes..., por las tardes un criado distinguido, Pitita; algo así como el mayordomo mayor. Por las mañanas digo mi misa, y en las casas más piadosas me suelen besar la mano antes del desavuno; al mediodía bendigo la comida de la familia, y después de almorzar, en unos sitios juego un rato al ajedrez con el señor antes de que se vaya al Casino; en otros, acompaño los niños al colegio, y en otros, voy a comprar caviar...

PITITA. Pero, ¿y yo, don Gregorio?... ¿Qué soy yo en

las casas donde me invitan, por la mañana, por la tarde y por la noche? ¡La vida es triste, don Gregorio!

GREG. Para mí no, Pitita; créalo usted. Ejercicio mi sagrado ministerio entre la aristocracia española como otros sacerdotes lo ejercen en los curatos de los pueblos más míseros y otros religiosos en Oceanía predicando a salvajes. Todo es uno y lo mismo, todo redundando en mayor gloria de Dios y todos somos hijos suyos, Pitita.

PITITA. Es verdad, don Gregorio. *(Por la escalera baja Pilar, Marquesa de Ruzafa. Cuarenta años, muy guapa. Viene escotada con un elegante traje de noche.)*

PILAR. ¡Don Gregorio! Pero don Gregorio, por Dios.

GREG. Señora Marquesa... ¿Qué pasa?

PILAR. Pero ¿qué caviar me ha traído usted?

GREG. Lo que la señora Marquesa me dijo: dos terrinas.

PILAR. ¿Dónde lo ha comprado usted?

GREG. Donde siempre.

PILAR. Pues le han engañado a usted miserablemente. Está negro, completamente negro.

GREG. ¡Vaya por Dios!

PILAR. He tenido que mandar a doña Felisa a comprar más. Diga usted, ¿y mi marido?

GREG. Vendrá, vendrá.

PILAR. ¿Estaba en San Sebastián?

GREG. No, señora; estaba en Biarritz.

PILAR. ¿Qué me dice usted?

GREG. Que estaba en Biarritz. Me dijo que vendría en seguida. Parecía muy contento.

PILAR. Menos mal. ¡Pero ya debía estar aquí! Son las ocho y media.

PITITA. Todavía no.

PILAR. ¿Está todo arreglado?

PITITA. Me falta poner las flores de la mesa. Supongo que ya las habrán traído. Voy a ello.

PILAR. Sí, hazme el favor, nena. Eres un encanto. No tienes precio. *(Mutis Pitita por la izquierda.)* ¿Qué le tenía yo que decir a usted? ¿Qué era,

Dios mío? Varias cosas... ¡Ah, sí! Como los Grandes Duques no son católicos, nada de bendición en la mesa. Todos rezaremos *in menti* la oración al sentarnos. ¿Le parece?

GREG. Creo que lo mejor sería que no asistiese yo a la comida.

PILAR. Eso de ningún modo. Usted debe asistir en esta casa a todas las comidas. Cada uno debe ostentar sus costumbres, sus creencias. A los mismos Grandes Duques les satisfará como algo clásico y distinto de lo que ven en otras casas. Mire usted; una vez, en Tánger, nos invitaron a tomar el te en el palacio moro; yo esperaba saturarme de cosas típicas, gustar manjares desconocidos; pero sí, sí. Nos dieron *ron tosh, mefik, croissants...* Pero cuando llegó mi indignación al colmo fué cuando nos sentamos en unas sillas corrientes; yo que esperaba sentarme en el suelo. Créame usted, don Gregorio: esta noche será usted un elemento original y decorativo.

GREG. ¿Yo decorativo?

PILAR. ¿Por qué no? Además hay otra razón. Sin usted seríamos trece en la mesa. ¡Qué horror, qué horror!

GREG. ¡Ah, en ese caso...!

PILAR. ¿Qué otra cosa se me olvidaba a mí? ¡Ah, sí! Esta mañana estuve hojeando en la capilla ese libro grande, grande, encuadernado en pergamino.

GREG. Magnífico, ya lo creo.

PILAR. ¿Verdad que es muy bonito?

GREG. Magnífico; de lo mejorcito que hay en la casa, auténtico del siglo xv. Uno de los más bellos ejemplares de libros de horas que he visto en mi vida.

PILAR. Sí; pero allí no luce. Y es incómodo y da pena usarlo como devocionario. Por eso yo he pensado, si a usted no le parece mal, cortar algunas hojas y hacer unas pantallas para estas lámparas de la *serre*. ¡Lucirían tanto!

- GREG. ¿Las lámparas?  
 PILAR. Y las hojas. ¿No le parece bien?  
 GREG. ¿Cómo va a parecerme bien, señora? ¡Destrozar un libro de ese mérito!
- PILAR. Sí; pero fíjese en lo bonitas que estarán las lámparas. ¿No se las imagina usted? ¿Eh?  
 GREG. No me las imagino, señora Marquesa, la verdad. No me las imagino. *(Por la escalera baja Elena, vestida de noche con un elegante traje blanco.)*
- ELENA. ¿Qué pasa?  
 PILAR. A don Gregorio, que no le parece bien lo de las pantallas.
- ELENA. ¿Por qué?  
 PILAR. Escrúpulos.  
 GREG. No son escrúpulos.  
 PILAR. Entonces, le agradeceré a usted que vaya por las hojas. A ver si tenemos tiempo de colocarlas antes de que vengan. ¿Qué otra cosa? ¡Ah, sí! Si cuando las tenga usted cortadas ya ha venido alguien, no las baje usted.
- GREG. Está bien, señora Marquesa; está bien. *(Hace mutis por la escalera. Quedan solas Pilar y Elena.)*
- PILAR. Ahora, nenita, a ver si tenemos tiempo de charlar a solas tú y yo, aunque no sea más que un minuto. Se trata de algo importante. *(Se sientan en el sofá.)*
- ELENA. ¿Bastará entonces con un minuto, mamá?  
 PILAR. Si lo aprovechamos bien, sí. Empecemos. ¿Qué te parece Eduardo La Vid?
- ELENA. Muy simpático.  
 PILAR. ¿Verdad que sí?  
 ELENA. Muchísimo. Pero en el sentido que tú me has hecho la pregunta no sé, la verdad, qué contestarte.
- PILAR. Ya me has contestado que muy simpático.  
 ELENA. Pero no sé si me basta. No es que no me baste, es que no lo sé, te lo aseguro. ¿Bastará con la simpatía?  
 PILAR. Por algo se empieza,

ELENA. Yo tengo mucha gana de divertirme aún; me encuentro muy bien libre como el pájaro. Y Eduardo... Eduardo no está para esperas largas. Tiene cerca de cuarenta años.

PILAR. Pero los lleva muy bien. Parece un muchacho. Es decir, no es que lo parezca: lo es todavía.

ELENA. Todavía, sí. Pero me lleva veinte años, mamá.

PILAR. Más me lleva tu padre a mí.

ELENA. El ejemplo no es muy consolador.

PILAR. ¡Niña!

ELENA. No he dicho nada. ¿Tú crees que es buen ejemplo?

PILAR. Lo que creo es que las muchachas de ahora sois muy desvergonzadas.

ELENA. ¡Bueno!

PILAR. Eduardo lleva uno de los nombres más ilustres de España. Es grande. Además no tiene dinero, y eso es otra ventaja, sobrándote a ti, como te sobra. Así le podrás manejar con más facilidad cuando sea tu marido.

ELENA. ¿Al dinero o a Eduardo?

PILAR. A los dos. Tu padre tampoco era rico.

ELENA. Sigue el ejemplo.

PILAR. Es que tu padre no era rico, pero sigue siendo un sinvergüenza.

ELENA. ¡Mamá!

PILAR. No he dicho nada.

ELENA. Las mamás de ahora sois... muy especiales. ¿Y ya das por hecho que Eduardo va a ser mi marido?

PILAR. Mujer, si tú no quieres, no. A él le gustas.

ELENA. Ya me lo ha dicho. Y te repito que me es muy simpático. (*Sale Pitita por la izquierda.*)

PITITA. Ya está eso.

PILAR. ¿Qué hora es, nena?

PITITA. Ahora, sí: ya son las ocho y media.

PILAR. Y ese hombre sin venir. ¡Ese hombre! (*Se levanta.*)

ELENA. ¿Quién es ese hombre, mamá?

PILAR. ¡Tu padre!

- ELENA. (*Levantándose.*) ¿Papá? ¿Pero va a venir papá?
- PILAR. ¿No lo estás oyendo?
- ELENA. No sabía. ¡Cuanto me alegro!
- PILAR. (*Hace sonar un timbre.*) Verás cómo llegará el último.
- PIPITA. No seas pesimista, mujer. (*Sale un Criado por la izquierda.*)
- CRIA. ¿Señora Marquesa?
- PILAR. Encienda usted el jardín. Y quédese en la puerta para anunciar. (*El Criado hace mutis por el foro.*) Dentro de nada empezará a llegar la gente. Se va a levantar el telón de una noche de gala, como diría tu padre. (*A través de las vidrieras se ve cómo se ilumina el jardín espléndidamente. Mutis Pilar por la izquierda.*)
- ELENA. (*A Pitita.*) ¡Qué vestido más bonito, chica! No te lo conocía.
- PITITA. ¿Verdad que es muy bonito?
- ELENA. Precioso.
- PITITA. ¡Ja, ja, ja! ¿Pero no lo reconoces, mujer? Si es el tuyo.
- ELENA. ¿Es posible?
- PITITA. Le he puesto este adorno nuevo y lo he teñido de verde para que no lo reconocieran los demás. ¡Pero tú, que te lo has puesto tantas veces!
- ELENA. ¡Ay, qué gracia! ¿Sabes que te ha quedado muy bien? Ya estaba cansada de él, y ahora casi me gusta más que antes. Has tenido la gran idea. Si se me ocurre a mí no te lo regalo.
- PITITA. No te digo que está a tu disposición porque tuyo continúa siendo, ya lo sabes.
- ELENA. (*Arrepentida de su impetuosidad.*) Mujer, no faltaba más. Lo dije por decir. Nunca estuvo mejor usado. Yo creo que ahora me gusta más porque te lo veo puesto a ti. ¡Como tienes tan bonito cuerpo! (*Sale Pilar.*)
- PITITA. ¡Mira quién habla!
- ELENA. No compares.

PITITA. Mujer, por Dios.

ELENA. Estoy segura de que, puesto en mí, no haría tan bien.

PIPITA. Pues yo estoy segura de lo contrario.

ELENA. ¿Cuánto te apuestas?

PITITA. Nada, mujer, ¡qué cosas dices!

ELENA. ¿Cuánto te apuestas? ¿Vamos a cambiar?

FILAR. ¡Qué chiquillas! ¿Pero habéis perdido el juicio?

ELENA. Mira, este mío me lo compré yo ayer en Paquin. Es bonito, ¿verdad?

PITITA. Mucho, ya lo creo.

ELENA. Pues a mí no me entusiasma demasiado. Te lo presto por esta noche.

PILAR. Pero, niña...

ELENA. Déjanos, mamá. (*Empieza a quitarse el vestido.*)

PILAR. Pero ¿os vais a cambiar aquí?

ELENA. (*A Pitita.*) Ven a este rincón, por si acaso. Aquí no nos ve nadie. (*Elena y Pitita se ocultan del público al colocarse en el entrante que prolonga la escena, hacia dentro, en primer término derecha.*)

PITITA. Como quieras.

PILAR. ¡Vamos! ¡Qué ocurrencia! (*Por el foro sale el Criado.*)

CRIA. Don Jenaro Ledesma. (*Las dos chicas gritan.*)

ELENA. } ¡Ay, por Dios, no! ¡Que no entre ahora! ¡Dile

PITITA. } que no entrel

ELENA. ¡Detén a ese hombre, mamá! No es más que un minuto.

PILAR. ¿Veis? ¿Veis? (*Al Criado.*) Hágalo entrar por la otra puerta, que dé la vuelta y páselo usted por el salón.

CRIA. (*Que desde el foro no ha visto a las chicas.*)

Bien, señora. (*Mutis.*)

PILAR. Tú tienes la culpa por caprichosa. Merecías que te hubiera encontrado así.

ELENA. ¡Por mí!

PITITA. ¡Ja, ja! ¡Qué cosas dices!

ELENA. ¡A ver! Tan decente es mi combinación como un traje de noche.

PILAR. Eso sí.

ELENA. Un poco más escotada; pero por lo demás...

PITITA. Es ideal.

ELENA. Pues mira que la tuya... ¡Qué bonita, tú! ¡Qué preciosidad!

PITITA. ¡No querrás que cambiemos!

ELENA. No, mujer; ¡qué bromista! Yo ya estoy.

PITITA. Y yo. *(Salen a la parte visible de la escena con los trajes cambiados.)*

ELENA. Bueno, el americanito ése había de ser. ¡Tiene el don de la oportunidad!

PITITA. ¡Siempre ha de llegar el primero a todas partes!

ELENA. Y está enamorado de ti.

PITITA. ¡No digas!

PILAR. Pues os advierto que casi se ha convidado él. Me dijo tales indirectas, se puso tan pesado, que no tuve más remedio que invitarle.

PITITA. Es bastante fresco.

ELENA. Un sinvergüenza.

PILAR. Y muy empalagoso. *(Por la izquierda sale muy decidido Jenaro Ledesma. Marcadisimo acento americano. De frac. Joven. Se dirige, muy sonriente, a las señoras.)*

LEDES. Señoras... ¡Mis señoras!

PILAR. } *(Casi simultáneo.)* ¡Querido Ledesma!

ELENA. } Tanto gusto en verle por aquí.

PITITA. } Ya le echábamos de menos.

LEDES. *(Besando las manos de la Marquesa.)* ¡Marquesa...! ¡Marquesa! ¡Cuánto honor y cuán agradecido tengo que estar a su amable invitación!

PILAR. Noté el otro día que era tan vehemente su deseo de asistir a esta comida, que no quise privarle de lo que también para nosotros era un placer.

LEDES. ¡Oh, mil gracias! No sé cómo agradecerle. ¡Esta es una verdadera Marquesa española! Mil

gracias, señora. (*Da la mano a Elena.*) Elenita... siempre tan bonita.

ELENA. Muchas gracias.

LEDES. Las de usted, por Dios.

ELENA. Muy ingenioso.

LEDES. No vale la pena, por Dios; un ligero juego de palabras... Pitita... Pitita... ¡Ah, Pitita! Tan guapa siempre, tan sugestiva..., ¡tan elegante, sobre todo! (*Las miradas de Pitita y Elena se encuentran instintivamente. Pitita la desvía en seguida.*) ¡Qué vestido, che! ¡Cosa bárbara! ¿Me permite una indiscreción?

PITITA. Usted no es indiscreto nunca, Ledesma.

LEDES. Ese vestido se lo compró usted ayer a Paquin. (*Pausa trágica.*) ¿Me equivoco?

PITITA. Le diré a usted...

LEDES. No me diga, por Dios. Yo tengo muy buena memoria, me precio de ello, y soy muy aficionado a los trapos de mujeres. Muchas señoras me consultan, ¿no sabe? Pues anteanoche estuve en el desfile de maniqués en el Casino, y recuerdo perfectamente que el de Paquin llevaba ese vestido. Paquin no tiene nunca más que un ejemplar de cada modelo. Lo vi anteanoche; luego, ayer u hoy lo tuvo usted que comprar.

ELENA. (*Nerviosa.*) Ayer, ayer lo compró, ayer.

LEDES. ¿Lo ve? Sin lísonja, Pitita. Es el vestido más lindo que vi en todo el verano.

ELENA. ¡Vaya!

PITITA. Muchas gracias, Ledesma. Me azora usted.

ELENA. Y... ¿no será la percha lo que le gusta a usted tanto, Ledesma?

LEDES. La percha, qué graciosa, la percha... La percha... Yo no me atrevo a decir ahora cuanto se me ocurre de la percha.

PITITA. Entonces, cálese.

LEDES. Pero sí le diré, Pitita, que la percha... ¡que yo quisiera esa percha para mi armario!

PILAR. ¡Ja, ja, ja!

PITITA. Muy gracioso, Ledesma.

ELENA. Mucho, ya lo creo.

- LEDES. ¿Verdad? Toda la muchachada bien de Biarritz, tanto americanos como españoles, se rie mucho con mis cosas.
- ELENA. No lo dudo.
- LEDES. Yo estoy aquí en mis glorias, Marquesa. Estoy pasando la temporada más alegre de mi vida, ¡radiante no más! Y luego, esta convivencia de americanos y españoles. Me emociona, créalo. Mi bisabuela era española, ¿no saben? Yo no conocía España; pisar su suelo constituía el mayor anhelo de mi vida. En los tres meses que llevo en Biarritz, este deseo me obsesionaba.
- PITITA. Pues aquí lo cumplirá usted con frecuencia. Tan cerca...
- LEDES. Vera, Pitita. Hasta hoy no pude cumplirlo. ¡Pero qué emoción al pisar la tierra de la madre Patria! ¡Ya conozco España!
- PILAR. ¿Ha estado usted en San Sebastián?
- LEDES. No tanto. En Fuenterrabia, no más. Bueno, he dicho pisar la tierra, y, en realidad, no he pisado más que la arena, porque no he salido de la playa. Cruzamos desde Hendaya en una lancha unos cuantos amigos. ¡Ah, la hermosa España! Ya la quiero más desde que la conozco.
- ELENA. No con mucha intimidad, Ledesma.
- LEDES. No con mucha intimidad, pero ya la conozco. Ya no me muero sin haber pisado su suelo. ¡Qué emoción al sentirlo bajo mi planta! Mis ojos se llenaron de lágrimas. Cogí un puñado de arena; la besé y me la guardé en el bolsillo. En el hotel la tengo. Pues la otra noche, en el cabaret... (*Don Gregorio ha bajado por la escalera.*)
- PILAR. (*A Ledesma.*) Permítame que les presente. Don Gregorio Fernández, nuestro capellán... El señor Ledesma.
- LEDES. (*Incorporándose apenas.*) Tanto gusto, señor. Mire, Pitita, en el cabaret, la otra noche, hubo una fiesta de confraternidad hispanoamericana. Lo adornaron todo con banderas españolas,

y junto a una española pusieron una de mi país. ¡Qué emoción, Pitita! Luego tocaron la Marcha Real. ¡Qué emoción, Marquesa! Yo me emborraché con champagne por la gloria de la Patria madre; no me avergüenza recordarlo.

PITITA. ¡Je!

LEDES. ¡Ay, yo se lo garanto, Pitita! Yo quiero mucho a la madre España: vieja, pobre, esquilhada, pero la quiero, ¡la quiero, che! No puedo remediarlo, ¡la quiero!

PILAR. (A Elena.) Y tu padre sin llegar.

LEDES. De manera que la comida de esta noche es en honor de los Grandes Duques, ¿verdad?

PILAR. Sí.

LEDES. Qué gran persona el Gran Duque, qué simpático, qué caballeroso, che. Yo soy republicano, claro; pero siento una gran simpatía por estos nobles príncipes rusos que las olas revolucionarias han arrojado sobre la playa de Biarritz.

PITITA. Muy bonito símil, Ledesma.

LEDES. No me burle, Pitita, por Dios. ¡Un simple juego de palabras! (Sale el Criado por el foro.)

CRIA. (Anunciando.) El señor Conde de la Vid.

LEDES. (Levantándose.) ¡Oh! (El Criado hace mutis. Sale Eduardo de frac. Otro Criado sale por la izquierda, le recoge el sombrero flexible y el abrigo que trae al brazo y hace mutis.)

EDUAR. Buenas noches.

PILAR. ¿Qué tal, Eduardo?

ELENA. ¡Hola!

EDUAR. ¿Cómo estáis? ¡Pitita!

PITITA. Eduardo...

EDUAR. ¿Tú? ¡Qué alegría! No esperaba encontrarte.

PITITA. Yo a ti sí.

EDUAR. ¡Claro! Como que sabrías que iba a venir. ¿Qué haces tú en Biarritz?

PILAR. La tenemos unos días con nosotros.

EDUAR. (Inconsciente.) ¡Je! Tú siempre invitada.

PITITA. ¡Siempre...!

PILAR. ¿No conoces, Eduardo...? Don Jenaro Ledesma... El Conde de la Vid. (Eduardo se vuelve,

y Ledesma y él se tienden la mano. Pero en este momento Eduardo ve a don Gregorio y se dirige a él efusivo, dejando al americano con la mano tendida.)

- EDUAR. ¡Don Gregorio! ¡Gran don Gregorio! Un abrazo.
- GREG. Y ciento, muchacho. *(Se abrazan fuertemente.)*  
¿Cómo estás? ¿Y tu madre?
- EDUAR. Bastante bien, la pobre.
- GREG. ¿En Extremadura?
- EDUAR. No, ahora está en Vitoria. Usted, tan bueno.
- GREG. Vamos tirando, gracias a Dios.
- EDUAR. Bien, hombre, bien. *(Se vuelve a Ledesma.)*  
Perdone usted, señor.
- PILAR. Don Jenaro Ledesma.
- EDUAR. Mucho gusto.
- LEDES. *(Cordialísimo.)* Encantado, ¡encantado, por Dios! Tenemos muchos amigos comunes: Quique Carriedo, los Olías, Mariano Soto... Y aun creo que usted y yo nos hemos saludado alguna vez.
- EDUAR. No sé. Es posible.
- LEDES. *(A don Gregorio, muy efusivo.)* ¿De manera que este señor es el capellán de la casa?...
- GREG. Servidor de usted.
- LEDES. ¡Grata costumbre de las grandes casas españolas! ¡Noble misión la de usted, señor!
- GREG. Sí.
- LEDES. Yo quiero que seamos amigos. ¡Me ha sido usted simpático, simpático! ¡Muy simpático, che!
- GREG. Muchas gracias. *(Continúan hablando bajo.)*
- EDUAR. Bien, Pitita, bien. Chica, qué guapa estás.
- PITITA. ¿Tú crees?
- EDUAR. Palabra de honor. Oye, y qué vestido más bonito.
- PITITA. *(Tembiéndole la voz.)* Sí, ¿verdad?
- EDUAR. Precioso.
- ELENA. Eso le hemos dicho todos. Ha tenido buen gusto, ¿verdad?
- LEDES. *(Siguiendo su conversación con el cura.)* Con-

sejero y confidente. ¡Noble misión, señor; noble misión!

ELENA. *(Que por detrás se ha acercado a Pitita, aparte.)* Enhorabuena, mujer. Has dado el golpe.

PITITA. *(Violenta.)* Elena...

PILAR. *(Aparte.)* Y ese hombre no viene, no viene. *(Se levanta y va hacia el foro. Cuando ya está muy cerca de la puerta, ésta se abre y sale Juan, marqués de Ruzafa. Sesenta años bien llevados. Sombrero flexible y abrigo gris, con el cuello subido. En la mano, una maleta. Los que están en primer término no le ven.)*

JUAN. Eso está bien: que sea mi mujercita lo primero que encuentro al llegar a mi casa.

PILAR. ¡Juan, por Dios!

JUAN. ¿Es que no llego a tiempo? ¿Ha empezado ya la comedia?

PILAR. Es tardísimo.

JUAN. ¿Pero ha empezado o no? Por mí ya se puede levantar el telón. Mira: hasta vestido vengo. *(Muestra su frac debajo del abrigo.)*

CRIA. *(Por el foro, anunciando.)* Sus Altezas los Grandes Duques Olga y Remigio Remijanoravitchs.

JUAN. ¡Caray, si me descuido!

ELENA. *(Al volverse y ver a su padre.)* ¡Papá!

JUAN. Perdonen ustedes. Voy a hacer una entrada solemne. Ya verán. ¡Va por ustedes! *(Mutis por el hueco que prolonga la escena en primer término derecha.)*

PILAR. Niña, los Grandes Duques.

ELENA. Ya lo he oído.

PILAR. Siento que no lleguen los últimos. *(Todos se acercan al foro y abren paso en la actitud de costumbre para recibir a las personas reales. Ledesma se arregla la corbata y se tira de los puños. Por el foro salen los Grandes Duques, al mismo tiempo que aparece el Marqués en lo alto de la escalera. El Gran Duque viene de*

*frac, con abrigo negro puesto y sombrero de copa en la mano.)*

DUQUE. (*Arrastrando mucho las eses.*) Buenasss no-chesss.

JUAN. (*Bajando.*) (Comienza el primer acto. ¡Arriba el telón!) (*El telón empieza a bajar lentamente. El Marqués hace una profunda reverencia ante los regios invitados.*) Señora... Monseñor... ¡Cuánta honra para esta humilde choza! (*Acaba de caer el telón.*)

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto anterior.

Ha pasado hora y media desde que terminó el primer acto. En escena está únicamente *Juan*, de frac, sentado cómodamente en una butaca y saboreando con delectación una copa de coñac de las llamadas panzudas y un magnífico cigarro puro, lo más grande posible.

JUAN. Pues, señor; esto está bien, verdaderamente bien. (*Fuma y bebe.*) ¡Pero que muy bien! (*Salte Pitita por la izquierda.*)

PITITA. ¿Qué dices, Juan?

JUAN. Pensaba en alta voz.

PITITA. Mala señal. ¿Y qué pensabas?

JUAN. Pensaba y decía que esto está muy bien. ¡Pero muy bien, chiquilla! ¡Archibién! Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para no decirles a los Grandes Duques y al resto de *mis* invitados: ¡Qué cocina, señores! ¡Qué servicio! ¡Qué vinos! ¡Qué tabaco! (*Fuma.*)

PITITA. Tu mujer sabe hacer las cosas.

JUAN. ¡Pilar es genial!

PITITA. Tiene un espíritu de organización, una esplendidez...

JUAN. Se lo dices a un convencido.

PITITA. ¿Entonces...?

JUAN. Entonces... quiere decir que yo me encuentro muy bien aquí. He venido contratado únicamente para la comedia de esta noche: a dar carácter, ¿comprendes?

PITITA. ¡Qué cosas tienes! Tu presencia aquí es...

JUAN. Una broma.

PITITA. ¡Qué ocurrencia!

JUAN. ¡Una broma! Claro que una broma que a mi mujer le va a resultar pesada, porque yo me quedo.

PITITA. ¡Qué alegría!

JUAN. Nada, hija. Alégrate todo lo que quieras, ¡yo me quedo! He subido a mis habitaciones: tan arregladitas..., tan acogedoras. ¡Me quedo, Pitita, me quedo!

PITITA. ¡Ja, ja, ja! Bueno, es tu derecho y es tu deber.

JUAN. Y mi gusto. Pero también mi deber, sí. Elena ya es una mujercita, tiene que pensar en casarse...

PITITA. Claro. Elena pensará en casarse.

JUAN. ¿Es que tú sabes algo?

PITITA. Nada. Pero en casarse piensan todas las muchachas.

JUAN. ¿Todas? ¿Y tú?

PITITA. ¡Huy, yo! Pensaba antes. Hace mucho tiempo. Los hombreritos se han encargado deirme desengañando.

JUAN. Ese americano dicen que está loco por ti. ¿Es que no te gusta?

PITITA. ¡Juan, por Dios! Estamos hablando en serio.

JUAN. ¿Tú crees?

PITITA. ¡Vamos! Y yo que creí, en cuanto me decías anteriormente, que estabas poniendo toda la sinceridad de tu alma...

JUAN. Y la ponía, no te quepa duda. Yo soy muy sincero.

PITITA. Un *bon vivan*, eso es lo que tú eres. Y un burlón de marca mayor, que te ríes hasta de tu propia sombra.

JUAN. Es posible. ¿Para qué te voy a llevar la contraria?

PITITA. ¿Pero a quién le has llevado tú la contraria alguna vez en tu vida, Juan? Asientes a todo, te parezca tuerto o derecho. Yo no te he oído nunca decir que no.

JUAN. Es más cómodo decir que sí. Además, no cuesta trabajo. Y es más generoso. ¡A mí me han dicho tantas veces que no en la vida!

PITITA. No eran ésas mis noticias.

JUAN. Pues muchas veces.

PITITA. ¿Las mujeres?

JUAN. Mi mujer.

PITITA. ¿Cuando le hacías el amor?

JUAN. Ahora. Cuando le pido dinero.

PITITA. ¡Ja, ja, ja! Que es una manera de hacerle el amor como otra cualquiera.

JUAN. Exactísimo. Pero Pilar no cae en esas delicadezas.

PITITA. ¿No cae?

JUAN. Cae algunas veces; pero otras, las más interesantes, no cae.

PITITA. ¿Hoy, por ejemplo...?

JUAN. Hoy... o cae Pilar o me caigo yo con todo el equipo; cuarenta y ocho horas decisivas, hijita. Si no cae, tengo que salir de Biárritz y de Europa.

PITITA. ¿Tan grave es la cosa?

JUAN. Tanto, que, por si me falla Pilar, ya tengo otro recurso. Adivina.

PITITA. No sé...

JUAN. Remigio, ¡el propio Remigio!

PITITA. ¿Y quién es Remigio?

JUAN. El Gran Duque, mujer.

PITITA. ¡Hombre, en tu casa!

JUAN. Hay muchas maneras de hacer las cosas: maneras delicadas, discretas... Ya sabes que yo soy siempre un gran señor...

PITITA. Sí, sí. Pero me parece que por ese lado... frío, frío.

JUAN. ¡No me destemples, chiquilla!

PITITA. Ya sabes cómo están estos rusos.

JUAN. Este creo que no. He oído hablar de cierta granja agrícola en Normandía. ¡Ese es el hombre de esta noche, ya lo verás!

PITITA. Chico, me alegraré. Y, sobre todo, de que te quedés luego en tu casita.

JUAN. ¡Pilar y Elena están tan solas!

PITITA. (*Burlona.*) Claro, claro...

JUAN. Gente tienen siempre, pero no es lo mismo. El jefe de la familia, ¿eh...? La sombra del padre...

PITITA. ¡Ja, ja, ja! Y que tú eres un padre de muy buena sombra.

JUAN. ¿Pero dónde habrá encontrado Pilar este coñac? ¡Es genial! (*Por la izquierda sale don Gregorio.*)

GREG. Señor Marqués... (*Efusivo.*)

JUAN. Don Gregorio, usted, sin duda, es quien ha traído este coñac. ¿Es usted buen bebedor?

GREG. ¡Por Dios, señor Marqués; ni lo pruebo! ¿Qué le pudo hacer pensar...?

JUAN. Precisamente la respetabilidad de esta casa, donde es usted el único hombre.

GREG. ¡Qué cosas tiene!

JUAN. ¿Ah, no lo es usted? Y ésta es una bebida de hombres, aunque algunas veces la profanen las mujeres. (*Lo huele.*) ¡Qué aroma, qué bouquet, qué delicia!

GREG. Es caro, es caro.

JUAN. Y rico, rico.

GREG. Rico y caro.

JUAN. Caro y rico. Exactísimo, don Gregorio. Ha dado usted con las palabras exactas: rico y caro. ¡Qué bien! Un sorbito más y al cuartito de mis sueños por unas píldoras. Subo y bajo en seguida. ¡Qué habitaciones, don Gregorio! Y después de cuatro meses de hoteles. ¡Qué encanto, don Gregorio! (*Bebe otra vez.*) ¡Caro y rico! (*Sube la escalera, y a la mitad se detiene*) ¡Yo me quedo! (*Mutis.*)

- PITITA. Es adorable. Como diría Ledesma, "un rico tipo".
- GREG. Rico... y caro; algo caro me parece también.
- PITITA. ¡Ja, ja, ja! *(Por la primera izquierda salen el Gran Duque y Ledesma.)*
- DUQUE. Se oyen risas... luego aquí hay buen humor.
- PITITA. ¿Por allá dentro no, Alteza?
- DUQUE. Eeeee... ¿Cóment direje? No falta.
- PITITA. Monseñor habla muy bien el castellano.
- DUQUE. E francés... ¡Sí! Los rusos habemos mocha facilidad pour idiomas. Vea nuestra virtud e nuestro vissio: la facultade de adaptación.
- LEDES. Ibamos al jardín, ¿sabe? Para admirar esa iluminación radiante.
- DUQUE. Espléndida, eeee... ¡Sí!
- LEDES. Y yo venía diciéndole a Monseñor quién es Carrizo, mi compatriota. ¡Me daba grima, Pitita! Vi anoche a Monseñor dejándose codear por ese quídam, ¡una arriete, un nadie en mi país!
- DUQUE. Dissen que es literario... literato... poeta... ver-ssoos.
- LEDES. No me diga, Monseñor; no me diga.
- DUQUE. El es que disse.
- LEDES. Claro, lo dice él, él solito. ¡Farsante!
- GREG. Hay que tener piedad para las flaquezas humanas.
- PITITA. Sobro todo cuando son tan inofensivas.
- DUQUE. Piedad es nombre espagnol, de moyer, ¿verdad?
- GREG. Sí, Monseñor.
- LEDES. *(A Pitita.)* Usted se llama Piedad...
- PITITA. Sí; pero he olvidado mi verdadero nombre.
- LEDES. Yo quisiera recordárselo; se lo garanto; ponerme bajo su advocación. ¡Piedad! ¡Piedad!
- PITITA. ¡Ja, ja, ja!
- DUQUE. Curioso... ¡Curioso! Espagnolas tener nombres extraños: Amparo, Dolores... que es... sufrimiento, ¿no? Raro llamarse Dolores. Menos mal que también se llaman, eeee, Medicamento, ¿no?

- GREG. Perdón, Monseñor; medicamento, no.
- DUQUE. Sí, sí. ¿Cómo disen...? ¡Ah, Remedios! E también Angustias. Corioso, ¡coriosssso!
- LEDES. (*Aparte, a Pitita.*) Pitita, Piedad... No me rete; se lo digo en serio. Yo pido piedad de amor, ¿sabe? ¡Ah, si yo tuviera amor!
- PITITA. (*Deseando evitar el "flirt", en voz alta.*) ¿No iba usted a dar una vuelta por el jardín?
- LEDES. ¡Ah, qué mala! ¿Vamos, Monseñor?
- DUQUE. Vamos.
- LEDES. ¿Usted viene?
- PITITA. Luego. (*El Gran Duque y Ledesma hacen mutis por el foro.*)
- PITITA. (*Medio aparte, al quedarse sola con don Gregorio.*) ¡Majadero!...
- GREG. Pitita, Pitita... Usted no es la de todas las noches. ¿Qué tiene usted?
- PITITA. ¿Por qué?
- GREG. Algo le pasa. No olvide usted aquello de que, para un viejo, una niña siempre tiene el pecho de cristal. Durante toda la comida estuve observándola.
- PITITA. ¡Dichosa comida y dichosos Grandes Duques!
- GREG. ¿Ve usted? (*Sale Eduardo por la izquierda.*)
- EDUAR. ¿Qué hay...? (*A Pitita.*) ¿Qué te pasa a ti?
- PITITA. ¿A mí?
- GREG. ¡Je! Nerviosilla... nerviosilla.
- EDUAR. ¿Mal de amores, Pitita?
- PITITA. (*Brusca.*) ¿Qué sabes tú de mí?
- EDUAR. Ni lo intento, nena. Perdóname...
- PITITA. Estás perdonado. (*Pausa.*)
- GREG. (*Que los observa curioso.*) Vaya, vaya...
- EDUAR. Lamento que estés disgustada, eso sí; porque quería pedirte un favor.
- PITITA. (*Con asombro.*) ¿Tú... a mí?
- EDUAR. A eso salía; esperando encontrarte sola.
- GREG. ¡Vaya! (*Precipitada y sigilosamente inicia el mutis por el hueco de la derecha.*)
- PITITA. ¿Adónde va usted, don Gregorio?
- GREG. A que se realice lo que esperaba éste. (*Mutis. Quedan solos Pitita y Eduardo.*)

EDUAR. No me mires con esos ojos, mujer, ahora que yo necesito como nunca de tu ternura.

PITITA. ¿Tú necesitas algo de mi ternura? ¡Qué interesante!

EDUAR. De tu ternura y de lo que pudo quedar después del amor, de aquel amor...

PITITA. Al que no es procedente aludir ahora.

EDUAR. Iba a aludir a lo que quedó: una camaradería muy simpática. Nuestro convenio se ha cumplido exactamente, porque tú sabes como nadie lo que significa ser camarada.

PITITA. Ya lo creo que lo sé. Dejar a los demás que nos hablen y no hablar nunca; comprender los conflictos ajenos y no aburrir a nadie con los propios; no asustarse de nada, poder llegar a una tertulia de hombres y que no tengan que cambiar el tema; fumar, beber y reír; ser amigo de todos.

EDUAR. Lo que tú y yo hemos conseguido.

PITITA. A fuerza de claudicaciones: ¡pobres de nosotros!

EDUAR. ¿Por qué? Nada hemos pedido aún.

PITITA. Pero lo esperamos todo, lo aceptaríamos todo, porque todo ha de llegarnos de fuera.

EDUAR. ¡Vaya! No me atrevo a seguir. Te ha molestado mi alusión a la camaradería.

PITITA. Es que cuando recuerdo nuestro convenio, pactado aquella noche de invierno a la puerta de la Embajada alemana, mientras llegaba el coche de casa, de mi casa, ¡el último coche mío!; cuando me dijiste "seremos camaradas", me parece que me echaste una maldición, que te salpicó también a ti, y que lo que quisiste decir fué: ¡seremos comparsas!

EDUAR. Puede ser... No sé.

PITITA. Es triste...

EDUAR. Por eso yo estoy resuelto a dejar de ser comparsa.

PITITA. ¿Y para ello?

EDUAR. Cuanto sea preciso. Lo que me aconseje mi

fantasía, que ya grita pidiéndome algo de realidad.

PITITA. (*Sonriendo.*) ¡Je! ¡Qué cosa tan notable! Tu fantasía te pide realidades. Espiritu de contradicción, camarada. (*Dándose un golpe en la boca.*) ¡Huy!

EDUAR. ¿Qué te pasa?

PITITA. ¡Si nos oyera llamarnos así el Gran Duque!

EDUAR. Cierto. Creería en un complot de los Soviets.

PITITA. ¡Ja, ja, ja! ¿Pero y tu asunto, Eduardo? ¿Y el favor que me querías pedir?

EDUAR. Un favor y un consejo. Pero antes... Oye, Pitita: ¿te acuerdas de mi padre?

PITITA. Ya lo creo. Murió el pobre cuando tú y yo...

EDUAR. ¡Je! ¿Cuando tú y yo, qué...?

PITITA. Cuando tú y yo no éramos aún camaradas.

EDUAR. Bien; pues mi padre, al celebrar mis despilfarros y mis arrestos de gran señor, solía decirme: "Bien, muchacho, bien; gasta, disfruta, diviértete ahora cuanto quieras; ¡pero no te olvides de casarte a tiempo!"

PITITA. Y tu madre, ¿te decía lo mismo?

EDUAR. (*Serio y un poquito conmovido.*) No.

PITITA. Pero tú, claro es, aceptaste el consejo más grato.

EDUAR. El más fácil. Pero han pasado los años... bastantes años, más de los que yo quisiera. Un día noté que me hacían daño las cenas de madrugada.

PITITA. (*Burlona.*) ¡Caramba!

EDUAR. Otro, que el champagne me produce ardor de estómago.

PITITA. ¡Pobrecito!

EDUAR. No te burles de mí.

PITITA. De ningún modo, hijo. ¿Cómo me voy a reír de tus dolores?

EDUAR. En los bailes me fatigaba, y al forzar la respiración, el aire viciado me hacía presentir la angina de pecho.

PITITA. ¡Qué ilusión para tu pareja! ¿Y cómo te las has arreglado durante el furor del *charlestón*?

EDUAR. ¡No me hables de él! ¡Para mí, como para otros de mi quinta, el *charlestón* vino a darnos la puntilla!

PITITA. ¡Ja, ja, ja! Tienes razón. ¡Qué caras poníais algunos prolongadores de la juventud! Fernando Helguera, sobre todo. ¿Tú le viste bailar a Fernando el *charlestón*?

EDUAR. ¿Que si le vi? El me quitó para siempre la afición, haciéndome pensar: ¿pero, Dios mío, me pondré yo así? Oye, Pitita; yo al bailar nunca te he recordado a Fernando, ¿verdad?

PITITA. ¡Jamás, te lo juro! Pero vamos a cuentas. ¿Todo ello viene...?

EDUAR. A que ya no quiero bailar más. A que mis despilfarros de vida se han acabado; los otros, por desgracia, se acabaron hace algún tiempo. A que ya no puedo gastar ni una energía, ni un minuto, ni una peseta más.

PITITA. Y por eso has pensado en casarte.

EDUAR. ¿Quién te lo ha dicho?

PITITA. ¡Hombre, me lo estás diciendo tú! Cuando los hombres de tu estilo ya no tienen ganas de vivir, cuando les cansa el baile, les da ardor de estómago el champagne y les prohíben la carne de noche, cuando notan los primeros indicios del reuma...

EDUAR. ¡Que también los tengo!

PITITA. Entonces piensan en casarse.

EDUAR. ¡Y es natural, mujer!

PITITA. Naturalísimo... y disculpable. Ya sabes que disculpar es mi fuerte. Pero lo malo...

EDUAR. ¿Qué es lo malo?

PITITA. Que se casan a veces, no siempre, con unas mujercitas que van al matrimonio para empezar ellas a vivir, que admiran a los campeones de *charlestón*, que necesitan tomar uno..., dos... o tres *cock-tails* antes de cada comida, que piensan al casarse en recorrer los *cabarets* y ver las obras de vanguardia, que desprecian a "papá" si es asambleísta, y le adoran y dicen

que es "famoso" si le sospechan algún devaneo..

EDUAR. Quizá. Pero tú exageras, nenita.

PITITA. Pues entonces no hay sino decidirse y aprovechar los momentos, porque Elena...

EDUAR. ¿También sabías eso?

PITITA. *(Con un dejo de amargura.)* Eduardo... Precisamente "eso" es lo único que sabía. ¿Era mentira?

EDUAR. Es verdad. Quiero a Elena, sí.

PITITA. ¿Que quieres a Elena?

EDUAR. Digo que me quiero casar con Elena.

PITITA. ¡Ah!

EDUAR. Lo cierto es que me gusta mucho, mucho, lo suficiente... Y éste es el momento del consejo que necesito de ti. Tú conoces mi situación, Pitita. Si trabajando pudiera resolverla, yo te juro que trabajaría. ¿Pero qué trabajo, a qué actividad dedicaré mis energías que pueda producirme veinte mil duros al año, el minimum de lo que yo necesito para vivir con decoro? Elenita es, hoy por hoy, mi única solución. ¿Tú qué me aconsejas? Dímelo lealmente, sin ironías y sin crudezas; pero con toda sinceridad. ¿Qué piensas tú, Pitita?

PITITA. Que tienes razón. Sin ironías y con toda la sinceridad de mi alma, pero con una amargura que en este momento me quema los ojos, te digo que debes casarte con Elena. Mi respuesta, por lo que significa, es más cruel para ti y para mí que si te dijera "no te cases"; pero me has pedido lealtad, y con lealtad te contesto. Creo que no tienes otra solución.

EDUAR. ¿Tú qué harías?

PITITA. ¡Es tan difícil ponerse en los casos de los demás!

EDUAR. Quizá tú encuentres algún día la verdadera felicidad.

PITITA. Ya no la espero. Pasarán los años, se agostara el resto de mi juventud... Y en mis correrías por las casas amigas, en los teatros, en los bai-

les, en las playas; donde otras muchachas buscan un marido y un hogar, yo no encontraré sino al camarada, al muchachito ansioso de lucir sus primeras osadías, al viejo solterón, al casado alegre...

EDUAR. Pero alguna vez...

PITITA. Alguna vez, al hermano que me haga confidente de su interés o de su pasión. Como tú ahora...

EDUAR. Tu apoyo, Pitita. Este era el favor. ¿Puedo contar con él?

PITITA. Desde luego, hombre. ¡Si te sirve...! (*Por el foro vuelven del jardín el Gran Duque y Ledesma. Pitita y Eduardo, si alguno de ellos o los dos están sentados, se ponen en pie, respetuosos.*)

DUQUE. No se molesten, ustedes no se descompongan por mí.

PITITA. De ningún modo, Monseñor. Nosotros salíamos ahora al jardín.

LEDES. ¿Ahora que yo llego? ¡Mala! ¡Más que mala!

PITITA. Es que Eduardo no ha visto la iluminación. Vale la pena, te advierto.

EDUAR. ¡Envídieme usted, querido Ledesma! Voy a contemplar a Pitita a la luz de la luna. Imagínese su silueta por entre los arbustos, con ese traje blanco, del color de su alma. ¿Eh, qué tal?

LEDES. ¡Cosa bárbara, che!

PITITA. Vamos. (*Aparte, al salir, le dice a Eduardo.*) Pero a ti sólo quiero advertirte una cosa.

EDUAR. ¿Qué cosa?

PITITA. Este vestido blanco... no es mío. (*Pitita y Eduardo hacen mutis por el foro.*)

DUQUE. Eeee..., interesante damita. Higa de Ruzafa, no, ¿no es?

LEDES. ¡Quiá, Monseñor! Es... es muy guapa. ¡Claro, eso se ve! Pero nada más. Familia distinguida. Una señorita venida a menos.

DUQUE. Vamos, una especie de *gouvernante* distinguida.

LEDES. No, no; eso tampoco. Es una cosa sin clasifi-

cación, de buen abolengo y difícil de emparejar. ¡Guapísima! Yo soy republicano, ¿sabe, Monseñor? Yo no buscaría mujer por el linaje. ¡Pero una pebeta!...

DUQUE. ¿Cómo?

LEDES. Una pebeta, una guayaba como ésta me calmaría, me haría quizá retornar a mi país, a la estancia donde me aguarda labor inmensa, ganados por millones...

DUQUE. (*Interesadísimo.*) Eeee... curioso, ¡curioso! ¿Usted, eeee... grandesss terronesss?

LEDES. Estancias ¡inmensas, no más, Monseñor!

DUQUE. Hermosa tierra... fértil.

LEDES. Sí, es verdad; pero yo prefiero la suya; la vieja Rusia llena de historia..., de leyendas de misterio.

DUQUE. Mi vieja Rusia es borrado del mundo.. Los megores de allá... desempeñan peores ofissios de aquí...

LEDES. ¡Ni lo piense!

DUQUE. Le veo... E es... sobrino del Czar que me sirve de *chauffeur* a un *taxi* a Londres.

LEDES. ¡Estupendo!

DUQUE. E es... una dama de la Gran Señora que oigo cantar en *dancing* a París.

LEDES. La condesa Volpera, ¡cómo no!; la conozco

DUQUE. Primo mío, Miguel Ostrof, professor de gimnassia ssueca a Pau. E hase pocas noches... ¡Ahhh! ¡Tirrible! ¡Yo no puedo recordar! ¡Ahhh!

LEDES. Recuerde, Monseñor; recuerde...

DUQUE. ¡Me sirvió de camarero un gran duque a un *cabaret* de Biarritz! (*La palabra Biarritz la pronuncia siempre en francés.*)

LEDES. ¡Cosa bárbara! ¿Y en qué *cabaret*, monseñor, dígame, no más?

DUQUE. ¡A Casanova!

LEDES. ¡Cosa bárbara! Me lo dijeron. ¡Me lo dijeron, y no lo creía, y me porfiaban!

DUQUE. (*Secándose una lágrima.*) ¡Créalo, joven americano, créalo!

- LEDES. Tenía que ser Casanova. ¡Genial! ¡Cabaret distinguido! La otra noche dieron una gran fiesta de confraternidad ruso-americana. ¡Y bebi...! ¡Bebí por la vieja Rusia! ¡Lindo *restaurant*! Suntuosidad, señorío, candelabros con luces de bujía..., ¡criados de calzón corto!
- DUQUE. ¡Un opereto bufa, hombre! Eeee, como la nueva humanidad.
- LEDES. Pero cuénteme cosas de Rusia, Monseñor... ¡Cuénteme!
- DUQUE. Ahora sola contar cosas tristes.
- LEDES. ¿Pero antes...?
- DUQUE. (*Nostálgico.*) ¡Ah, antes!...
- LEDES. Los palacios..., ¡los palacios maravillosos, che!
- DUQUE. (*Asintiendo.*) Los palacios maravillosos...
- LEDES. ¡Los barcos de maderas finas!...
- DUQUE. Los barcos de maderas finas por río Neva ..
- LEDES. ¡Las fiestas magníficas de la Corte del Czar!
- DUQUE. ¡Fiestas de ensueño, sí! Algo más suntuosas que *cabaret* de Casanova. ¡E ahora...!
- LEDES. ¿Ahora...?
- DUQUE. Tengo trabagar pour vivir. Exploto granja agrícola a Normandía. E trabago... ¡trabago! Hace un mes que pasé allí tres días continuos. Se lo confesaré a ostet por quien siento una gran simpatía: vivo mal, mi buen amigo, con grandes apuros; tanto, que algunas veces tengo de recurrir a generosidad de los buenos amigos. No me avergüensa confesárselo, porque ostet... es uno de mis buenos amigos.
- LEDES. Monseñor, qué honra para mí. Yo... yo estoy ahora muy apretado de numerario, ¿sabe?
- DUQUE. Pero allá en la Pampa...
- LEDES. Hay estancias, ganado...
- DUQUE. ¡Hombre, es una idea! Pour mi granja agrícola. Podría vous aportar capital an ganado.
- LEDES. ¡Pero, señor! ¿Cómo quiere que le mande corderitos desde tan lejos? Corderitos, vaquitas, caballitos..., ¿cómo voy a mandarle, Monseñor?
- DUQUE. Todo se aceptaría, todo...
- LEDES. Mire, Monseñor: yo soy republicano, ¿sabe?

DUQUE. No es obstáculo para nuestra amistad. (*Por la escalera baja Juan.*)

JUAN. (*Aparte, bajando.*) Remigio... ¡Mi Remigio! ¡Mi hombre! (*Al Gran Duque, haciéndole una reverencia profundísima.*) ¡Oh, Monseñor! Pero siéntese, por Dios. No se moleste por mí. Vuestra Alteza está en su casa.

DUQUE. (*Haciéndole una reverencia no menos profunda.*) Mi querido, mi buen amigo...

JUAN. Monseñor...

DUQUE. (*A Ledesma.*) He aquí mi buen amigo, a otro de mis buenos amigos.

LEDES. ¡Je!

JUAN. Cuánto me honra esa frase, Monseñor.

DUQUE. Magnífica fiesta, mon cher. El jardín, ¡on sueño! Nosotros hemos entrado porque empesaba a refrescar.

JUAN. ¿Cómo refrescar? Que hace frío, Monseñor; verdadero frío. Exactísimo, sí. ¡Je! (*Pausa, aparte.*) ¿Cómo le entraría yo al tío éste? El americano me estorba.

DUQUE. (*Aparte.*) Me estorba el americano. ¡Si se fuera!... (*A Juan.*) Dígame, mi buen amigo: una pregunta... ¿coment dirije?, previa; eso, previa... Usted... no es republicano, ¿verdad?

JUAN. ¡Por Dios, Monseñor, qué idea! ¿Republicano yo? ¡Gentilhombre de cámara de Su Majestad el Rey de España! ¡No faltaba más!

LEDES. (*Que lo comprende todo.*) ¡Je, je! Yo les dejo.

JUAN. No le detenga. Déjele ir con la gente moza, Monseñor.

DUQUE. No le detengo. ¡Ah! Yo sé qué quiere ver.

LEDES. Es una vueltita no más, porque... aquí hace calor, ¿saben?

JUAN. Calor, querido Ledesma, verdadero calor. ¡Exactísimo! Váyase a tomar el fresco, sí.

DUQUE. Buena suerte.

LEDES. (*Hace una reverencia, y le dice aparte.*) Igualmente, Monseñor. (*Mutis Ledesma por el foro.*)

JUAN. ¡Estos americanos! ¿Ha oído, monseñor? Que aquí hace calor. ¡Que hace calor aquí!

- DUQUE. Estas gentes siempre han calor. A cambio nosotros...
- JUAN. Siempre tenemos frío.
- DUQUE. Es que este *hall* está uno poco frío.
- JUAN. Más que frío, Monseñor. ¡Esto es la Siberia!
- DUQUE. (*Estremeciéndose al oír tal nombre.*) ¡Ahhh!...
- JUAN. Perdón. ¡La Siberia no, la Siberia no! Cercedilla, que decimos en Madrid.
- DUQUE. ¡Ay, amigo mío! Es que ese nombre fatal recuerda mis desdichas pasadas e presentess. Estoy pasando días terribles.
- JUAN. Este mundo es un asco, Monseñor; créame Vuestra Alteza. Todos llevamos nuestra cruz. Ya lo creo. ¡Pero qué diferencia entre la cruz de Vuestra Alteza y la mía!
- DUQUE. ¡Qué diferenssia! ¡Enorme, buen amigo! ¡Terrible! Mis desdichas son de una clase.
- JUAN. Y las mías de otra. Exactísimo, Monseñor.
- DUQUE. (*Con gesto trágico y confidencial.*) ¿Puedo confiar a usted?
- JUAN. Como en un amigo de la infancia.
- DUQUE. (*Muy conmovido.*) ¡Oh, grassias, grassias!
- JUAN. De nada.
- DUQUE. ¡Amigo mío!
- JUAN. ¡Monseñor! (*Se abrazan y luego se sientan.*)
- DUQUE. ¡Je! (*Pausa.*)
- JUAN. ¡Je, je...!
- DUQUE. ¿Un pitillo?
- JUAN. ¿Cómo un pitillo? ¡Un puro, Monseñor! Permítame Vuestra Alteza.
- DUQUE. No, gracias.
- JUAN. A su gusto. (*Le coge un pitillo.*)
- DUQUE. (*Dándole lumbre con su encendedor.*) Ensienda.
- JUAN. Primero Vuestra Alteza.
- DUQUE. Gracias. (*Después de encender, vuelve a ofrecerle lumbre a Juan.*)
- JUAN. Gracias. (*Fuman.*) Conque dígame, Monseñor, dígame.
- DUQUE. Primero usted.
- JUAN. De ningún modo; primero Monseñor. Como si estuviera en su casa.

DUQUE. ¡Oh, mi casa!... ¡¡Mi casa!!

JUAN. Todo lo que hay en ésta puede considerar Vuestra Alteza que es suyo. Con permiso de mi mujer.

DUQUE. ¡Oh, gracias! *(Se abrazan nuevamente.)* ¡Cómo agradecerle! ¡Qué corasón!

JUAN. Un bizcocho borracho. Toda la vida he sido así.

DUQUE. ¡Corasón de oro!

JUAN. Eso, no, Monseñor. ¡Qué más quisiera yo! Con lo caro que ahora está el oro. ¡Por Dios!

DUQUE. ¡Oh, sí, sí! Yo le declaro en todo prodigio.

JUAN. Hace tiempo me declararon pródigo.

DUQUE. ¿Cómo?

JUAN. Eso..., progigio..., pródigo: es igual.

DUQUE. ¿Y quién le declaró?

JUAN. Un juez.

DUQUE. Mervelloso. ¿An España jueses declarar progigios? ¡Ah, país mervelloso! ¡País tierno!

JUAN. ¡Je! Fué un capricho de mi mujer, que también es tierna.

DUQUE. ¡Oh, la esposa española! ¡Su cariño! ¡Su ternera!

JUAN. ¡Exactísimo, Monseñor! ¡Su ternera! ¡Qué bien! *(Al Marqués se le cae su pañuelo. El Gran Duque se lo recoge rápido.)* ¡Oh, Monseñor, mil gracias! ¿Cómo agradecerle!

DUQUE. No vale la pena.

JUAN. Ya lo creo que vale. Yo aprecio a mi pañuelo más que a nada en el mundo. Este es el principio de mi confianza a Vuestra Alteza. Fíjese, Monseñor, y llore conmigo. Este pañuelo... mi pañuelo... ¡es el único sitio en que me consiente mi mujer que meta mis narices!

DUQUE. *(Comprendiendo de pronto y apartándose de Juan.)* ¡Ah!

JUAN. *(Recogiendo velas.)* Claro que lo que digo es un poco exagerado, porque... yo en España tengo mis rentas, mis medios propios...

DUQUE. *(Volviendo a acercarse.)* ¡Ah!

JUAN. Ahora, precisamente, en estos días espero ..

DUQUE. Yo también espero de Normandía que mi administrador me envíe...

DUQUE. ¡Je! ¿Vuestra Alteza espera? Igual, igual que yo. ¡Qué casualidad!

DUQUE. Qué casualidad, ¿verdad?

JUAN. ¡Estos administradores!

DUQUE. Terribles, amigo, ¡terribles! El mío, a lo peor se retrasa.

JUAN. Lo mismo que el mío. ¡Son unos bandidos, Monseñor; unos desalmados!

DUQUE. Yo soñé una vez que iba por el mar, en una barquita yo solo.

JUAN. ¿En una barquita? ¡Qué gracioso! Yo también he soñado muchas veces que iba en una barquita. Qué agradable navegar, ¿no, Monseñor?

DUQUE. Remando..., remando..., remando...

JUAN. Remando, remando. Yo también remo algunas veces.

DUQUE. Cuando de pronto, en el mar... ¡terrible tempestade!

JUAN. ¡Oh! ¡Qué horror!

DUQUE. Yo... veía que me ahogaba.

JUAN. Y yo.

DUQUE. Pero de pronto vi legos, muy legos, una lucecita. E mi salvación, pensé. Una playa, un puerto, un barco... E quise acercarme remando, remando...

JUAN. ¡La lucecita! ¡Qué bien! ¿Y qué era, Monseñor, qué era?...

DUQUE. ¡Ah! Era otra barquita pequeña que venía por pedir auxilio a mí.

JUAN. *(Con el alma en la boca.)* ¡Je! Exactísimo, Monseñor. ¿Y qué hizo entonces Vuestra Alteza?

DUQUE. ¡Ah! Entonses las dos barquitas nos separamos otra vez. E quedamos a merced de las olas.

JUAN. Ya. *(Se separan. Pausa.)*

DUQUE. ¿Un abraso, amigo?

JUAN. ¡Y ciento, Monseñor! *(Se abrazan. Por la primera izquierda salen Pilar, Elena y la Gran*

*Duquesa. Juan hace una profunda reverencia.)*  
 (Me ha matao el tío éste. Sospecho que no voy a tener más remedio que irme de esta casa.)

G. DUQ.<sup>a</sup> Superbio todo. Yo vos felisito.

JUAN. Mil gracias, señora.

PILAR. ¿Y Eduardo?

ELENA. Es verdad. ¿Y Pitita? ¿Dónde está Pitita?  
 (Salen por el foro Pitita, Eduardo y, detrás, un poco cabizbajo, Ledesma.)

PITITA. Aquí está Pitita.

ELENA. Y Eduardo.

EDUAR. Y Eduardo. Para lo que tú me mandes, chiquilla. (Se pone a hablar con Pilar y los Grandes Duques.)

ELENA. (Aparte, a Pitita.) Te gané la apuesta...

PITITA. ¿Qué apuesta?

ELENA. ¡Qué tonta! Ya no te acuerdas.

PITITA. No.

ELENA. ¿Vas a dudar aún del éxito de tu traje? Ya te dije que puesto en mí no haría tan bien. (Sale don Gregorio por la derecha.)

GREG. (Acercándose a Juan, que está d, muy persuasivo, en primer término derecha.) ¿Qué le pasa, señor Marqués?

JUAN. Me atormenta una duda terrible, don Gregorio. Estoy meditando sobre si hace calor o frío.

GREG. ¡Qué cosas tiene!

JUAN. Pues si viera usted las que se me ocurren.

GREG. ¡Je! ¿Cuáles?

JUAN. Que necesito dinero como sea. ¡Búsqüeme lo usted!

GREG. ¿Yo, señor Marqués?

JUAN. Usted, usted...

GREG. ¡Pero como sea!

JUAN. ¡Como sea! Hable usted con mi mujer. Yo no me atrevo. Dígame usted que gratis no me quedo. (Continúan hablando bajo. A poco se separan, y don Gregorio se acerca a Pilar.)

EDUAR. (A Elena.) Tú y yo tenemos mucho que charlar, chiquilla.

ELENA. Charlando estamos.

EDUAR. Más aisladamente. Donde te pueda decir a mis anchas todo lo que me gustas.

ELENA. ¿Nada menos? ¡Qué fino está el tiempo!

EDUAR. La pura verdad. Te encuentro preciosa esta noche.

ELENA. ¿Nada más que esta noche?

EDUAR. Cada vez que te veo, un poco más, aunque parece imposible. Por eso me ilusiona volver a verte mañana.

ELENA. Pues a tu gusto. En el *golf*, a las once, ¿quieres? Podemos jugar juntos.

EDUAR. Te diré. Yo preferiría que estuviésemos sentaditos mientras los demás juegan. *(En este momento los personajes están agrupados en la siguiente forma: en primer término derecha, Juan y Ledesma; en el centro de la escena, y más hacia el fondo, Pilar y don Gregorio; en primer término izquierda, los Grondes Duques y Pitita; más allá, Eduardo y Elena.)*

PILAR. *(Continuando una conversación con don Gregorio.)* ¡Ah, pues eso no! Irse, de ninguna manera. Lo necesito el jueves. *(Acercándose a su marido y a Ledesma.)* Oye, Juan.

JUAN. A tus órdenes siempre.

PILAR. Dice don Gregorio que piensas marcharte.

JUAN. No lo sé aún; pero si lo dice don Gregorio, será verdad.

PILAR. Déjate de bromas.

JUAN. Hablo en serio. Un sacerdote tan digno como él es incapaz de mentir nunca.

PILAR. Por mí puedes irte cuando te dé la gana

JUAN. Muy amable.

PILAR. Te ruego, únicamente, que demores tu marcha hasta el viernes. El jueves tengo otra comida, y me gustaría que estuvieras.

JUAN. ¿Otra comida el jueves?

PILAR. Sí. En honor de Jack Sórvenot.

JUAN. ¿Y quién es Jack Sórvenot?

PILAR. Un yanqui.

LEDES. ¡Cosa bárbara, señor! El rey del fósforo.

JUAN. ¿El rey del fósforo ha dicho usted? ¡Me que-

do! (*La Gran Duquesa se acaba de poner en pie. Pitita dice:*)

PITITA. Sus Altezas se marchan.

PILAR. ¿Tan pronto, señora?

G. DUQ.<sup>a</sup> Va siendo tarde. (*Todos se forman para despedirles en la misma actitud y próximamente en la misma colocación que adoptaron para recibirlos al final del primer acto. El Criado sale con los abrigos, y Juan y Pilar les ayudan a ponerlos. Los Grandes Duques se van acercando a cada uno y les entregan la mano. Las señoras y los caballeros besan la de la Gran Duquesa y estrechan la del Gran Duque, con profundas inclinaciones ellos, y ellas con reverencias de Corte.*)

G. DUQ.<sup>a</sup> (*A Pitita.*) Au revoir, mademoiselle.

PITITA. Señora...

G. DUQ.<sup>a</sup> Elenita...

ELENA. Señora...

DUQUE. (*A Ledesma.*) Mi buen amigo...

LEDES. ¡Je! Honradísimo, Monseñor.

G. DUQ.<sup>a</sup> (*A don Gregorio.*) Señor...

GREG. Señora...

DUQUE. (*A Pitita.*) Señorita...

PITITA. Monseñor...

G. DUQ.<sup>a</sup> (*A Ledesma.*) Señor...

LEDES. Señora...

EDUAR. (*A la Gran Duquesa.*) Señora...

GREG. (*Al Gran Duque.*) Señor...

EDUAR. (*Al Gran Duque.*) Señor...

DUQUE. (*A todos.*) Señores... Adiós.

G. DUQ.<sup>a</sup> (*A Pilar, con supremo esfuerzo y en un castellano desastroso.*) Muchossss graciossss. ¿Sé bien dicho?

PILAR. Perfectamente, señora; ya lo creo. (*En el foro aparecen dos criados con candelabros de velas encendidas, que inmediatamente hacen mutis, precediendo a la comitiva. Detrás de los criados, Pilar, el Gran Duque; luego, la Gran Duquesa y Juan. Por último, los demás. Pitita y*

*Eduardo quedan rezagados en la misma puerta.)*

PITITA. *(Burlona)* Señor... Y de lo tuyo, ¿qué?

EDUAR. Maravillosamente bien, chica. Mañana, en el golf...

PITITA. Te felicito...

EDUAR. Ya verás tú, chiquilla, cuando yo me case; cuando vuelva a tener una casa como la de antes, tú tendrás en ella...

PITITA. No me lo digas, que lo sé. Tendré un cuartito, el más modesto de señores, lo sé, lo sé. Pero eso lo tengo en todas partes, Eduardo. Ese es mi porvenir. Por algo me llaman la eterna invitada. Anda, vamos. *(Inician el mutis detrás de los otros.)*

## TELON

## ACTO TERCERO

La misma decoración de los anteriores. Son las tres de la tarde. Mucha luz. Ya están puestas las famosas pantallas confeccionadas con las hojas del libro de horas.

*(Al levantarse el telón no habrá nadie en escena. Por la escalera baja don Gregorio, y se deja caer jadeante en un butacón, en primer término derecha.)*

GREG. *(Sentándose.)* ¡Ay! *(Por la primera izquierda, jadeante también, sale la señora de compañía, que se deja caer en otro butacón, hacia el centro de la escena.)*

FELI. *(Sentándose.)* ¡Jesús, qué vida! *(Por el foro, y no menos jadeante que los anteriores, sale Eduardo, con pantalón blanco, camisa de tennis y chaqueta de sport. Se sienta en primer término izquierda.)*

EDUAR. (*Sentándose.*) ¡Uf! ¡Qué atrocidad!

GREG. Buenos días.

FELI. Buenos...

EDUAR. Regulares. (*Pausa. Don Gregorio se da aire con su pañuelo; doña Felisa, con su abanico, y Eduardo, con un periódico—que no sea A B C—que encontrará sobre una mesa.*)

GREG. ¿Qué le pasa, doña Felisa?

FELI. Que mi cuerpo ya no está para estas cosas, don Gregorio.

GREG. Mi espíritu tampoco, doña Felisa.

FELI. Esa Elenita va a concluir con mis huesos. (*Eduardo la mira y vuelve a abanicarse.*)

GREG. Y sus padres con mi tranquilidad.

FELI. No puedo más.

GREG. Ni yo.

FELI. En Madrid, menos mal. Casi todas las señoritas tienen señora de compañía. Entre todas nos defendemos o nos consolamos. ¡Pero aquí! ¿Podrá usted creer, don Gregorio, que yo soy la única señora de compañía que hay en Biarritz? Ahora las señoritas van solas o con sus amigos, y cada una conduciendo su Citroën. La de esta casa, no. Conmigo... y a pie, que es lo peor.

GREG. Consuélese, doña Felisa. Yo suelo ir en "auto", y no por eso me canso menos que usted ¡Si viera la pereza que me da ir a coger ahora el "auto", para cumplir un encarguito del señor Marqués!

FELI. Yo esperaba que Elenita, al tener novio, se tranquilizaría un poco, que iría a menos sitios, que correría menos; pero ¡ca! Más que antes.

EDUAR. (*Abanicándose.*) Más, más...

FELI. ¡Y a qué sitios me lleva! (*A Eduardo.*) Por cierto que esta mañana le hemos estado esperando a usted hasta las diez.

EDUAR. Pero, señora, ¡si hemos salido esta madrugada del Casino a las cuatro! Me he despertado al mediodía con la boca seca. Y en mala hora, porque llevo ya dos partidos de "tennis" que me

tienen baldado. (*Llevándose las manos a los riñones.*) ¡Ay!

FELI. Don Gregorio de mi alma: ¿dónde dirá usted que hemos estado esta mañana?

GREG. Cualquiera sabe.

FELI. Adivínelo usted.

GREG. Tengo poca imaginación, señora.

FELI. Por mucha que tuviera, no lo adivinaría usted. ¡En un concurso de hombres bronceados!

EDUAR. ¿Cómo?

GREG. ¿Y qué es eso?

FELI. Pues eso es... eso: un concurso de hombres bronceados. Bueno, esto se cuenta en Madrid a gentes que no hayan estado aquí nunca, y creen que es una broma, y le llaman a una exagerada.

GREG. Pero ¿en qué consiste?

FELI. En que los chicos más guapos, cuando salen del mar, desfilan medio desnudos y chorreando ante un jurado mixto, que otorga el premio al que esté más tostado por el sol, entre las aclamaciones de las señoras y señoritas más distinguidas de la colonia.

GREG. ¡Jesús, qué atrocidad! Pero ¿es posible eso?

FELI. Vaya usted a verlo.

GREG. ¿Yo? ¡Dios me libre! ¿Y dice usted que un tribunal mixto?

FELI. De señoras y caballeros. Esta mañana he sido yo jurado.

EDUAR. (*Riendo, a pesar suyo.*) ¡Ja, ja, ja!

GREG. ¡Jesús, Jesús y Jesús! Pero ¿adónde vamos a parar? ¡Qué desvergüenza! ¡Qué inmoralidad tan terrible! (*A Eduardo.*) ¿Tú qué dices?

EDUAR. Nada. Para mí la inmoralidad es lo de menos.

GREG. ¡Jesús!

EDUAR. Perdón. Quiero decir que lo importante para mí es que tampoco puedo más.

GREG. La humanidad se ha vuelto loca. (*Mutis por el foro.*)

EDUAR. ¡Yo soy un artrítico, señor! ¡Un reumático! Que debía usar unos caizoncillos de punto que me llegaran hasta la punta de los pies, y en vez

de eso, Elenita se empeña en que me bañe todos los días en el mar y en que forme luego en una tertulia, tumbados sobre la arena. ¡Y yo no estoy ya para esas bromas! Ni puedo pasarme las tardes jugando al "tennis" o al "golf", ni las noches enteras bailando. Esto, no, doña Felisa: ¡esto, no! Yo no soy bronceado.

FELI. Júntese usted conmigo.

EDUAR. Muchas gracias.

FELI. Es un decir.

EDUAR. Lo supongo. *(Por el foro sale Elenita vestida de tennis.)*

ELENA. *(Dando a Eduardo un golpe en el hombro.)*  
¡Hola!

EDUAR. Hola, hija.

ELENA. Doña Felisa: de parte de mamá que diga usted que preparen el te en el jardín.

FELI. Voy a ello. *(Mutis por la primera izquierda.)*

ELENA. ¿Ya has descansado, tú?

EDUAR. Estoy descansando.

ELENA. Pues pronto te toca otro partido.

EDUAR. ¿Otra vez?

ELENA. Sí, con Ledesma. Ese sí que no se cansa. Lleva cinco "singles" seguidos.

EDUAR. ¡Cosa bárbara, che!

ELENA. Uno conmigo, otro con Broston, dos con el noruego y otro con Levoisier.

EDUAR. ¿Quién es Levoisier?

ELENA. Un belga muy simpático que ha traído Figueras.

EDUAR. Tampoco sé quién es Figueras.

ELENA. Uno que tiene un Cadillac.

EDUAR. ¡Si no es más que eso! Por esas señas no caigo.

ELENA. Si le conoces, hombre. Un portugués. También va a jugar con Ledesma. Bueno, Ledesma es un campeón de resistencia.

EDUAR. Pero yo, no. ¡Ponte en razón, hija mía! Ten en cuenta, además, que Ledesma está dedicado a estrechar lazos, a mejorar las relaciones de América con todos los países de la vieja Euro-

pa. ¡Tanta confraternidad ya es demasiada, créeme!

ELENA. ¿Te disgusta?

EDUAR. Me aburre.

ELENA. Más me aburren a mí otras cosas.

EDUAR. ¿Yo, por ejemplo?

ELENA. No, te soy franca; hasta ahora, no. Pero reconoce que ya no eres lo que yo tenía derecho a esperar.

EDUAR. ¿Qué esperabas?

ELENA. La justificación de tu leyenda.

EDUAR. ¿Mi leyenda?

ELENA. Tu leyenda, sí, que era la comidilla de mis compañeras de colegio hace media docena de años. Todas estaban enamoradas de ti.

EDUAR. ¿Tú no?

ELENA. Yo, más que ninguna. Se contaban tantas cosas de tu persona, tantas aventuras galantes..., y tan escabrosas algunas de ellas..., tantos rasgos caballerescos. Me acuerdo que, cuando tu famoso duelo con el duque de Hauton, aquel secretario de la Embajada inglesa a quien dicen que le quitaste una conquista de alto copete, fué tan enorme el revuelo que hubo en el colegio, que las monjas nos dejaron a todas sin postre.

EDUAR. Y ahora, pasados los años, al tratarme con más intimidad, has sufrido un desencanto. No soy como tú te figurabas. ¡Qué le vamos a hacer!

ELENA. Puedes creer que mi buena voluntad era muy sincera. Yo te admiraba calaverón, romántico, de esos romanticismos del día...

EDUAR. ¿Estilo Ledesma?

ELENA. ¿Otra vez Ledesma? Supongo que no serán celos...

EDUAR. No, hija mía. Tengo la ridícula pretensión de considerarme muy superior a él en todos conceptos.

ELENA. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué vanidad! Claro que Ledesma es un cursi...

EDUAR. ¡No! ¿Tú crees?

ELENA. Yo no me casaría con él por todo el oro del mundo.

EDUAR. ¡Por todo el oro del mundo!. . Harías bien.

ELENA. Te considero superior a él en muchos conceptos.

EDUAR. Pero no en todos.

ELENA. ¿No vas a jugar con él un partido de "tennis"? Veremos quién gana.

EDUAR. Ninguno de los dos. Ya no juego.

ELENA. ¡Ja, ja, ja!

EDUAR. ¿De qué te ríes?

ELENA. De cómo has dicho no juego. Igual, igual que los niños cuando se enrabian.

EDUAR. Pues, mira, interprétalo como quieras; pero es la verdad. Ya no juego. No quiero que Ledesma pueda vencerme en nada.

ELENA. Puede vencerte en algo.

EDUAR. ¿En qué?

ELENA. *(Con sonrisa maliciosa.)* En nada, no me hagas caso.

EDUAR. *(Intrigado.)* Dímelo, mujer.

ELENA. Si no es nada, una tontería que se me ha venido a la memoria. A lo mejor te enfadas.

EDUAR. No me enfado, palabra.

ELENA. Como dicen que hace varios años estuviste en relaciones con Pitita...

EDUAR. ¿Y qué?

ELENA. Que Ledesma está enamorado de ella.

EDUAR. ¿Ah, sí?

ELENA. ¿No sabías?

EDUAR. *(Pensativo.)* También ella es muy superior.

ELENA. ¿A quién?

EDUAR. A quien hablamos, mujer: a Ledesma.

ELENA. Y ese... "también" ¿a quién se refiere?

EDUAR. *(Violento, casi sin saber qué contestar.)* Elena... *(Pausa. Eduardo está sentado, pensativo. Elena, de espaldas al público, contempla el jardín un momento. Luego, sin moverse, vuelve la cabeza y mira a Eduardo.)*

ELENA. ¿Qué piensas?

EDUAR. Probablemente lo mismo que tú.

ELENA. ¡Qué poco galante eres!

EDUAR. ¿Por pensar como tú?

ELENA. ¿Qué pienso yo, vamos a ver?

EDUAR. Te gustaría que en este momento estuviera yo en el "tennis" venciendo a todos, en lugar de Ledesma.

ELENA. Hombre, claro. ¿Acaso no te gustaría eso también a ti?

EDUAR. Tienes razón. Exactísimo, como diría tu padre. Continúo. También te hubiera gustado que esta mañana me hubiese llevado yo el premio de los hombres bronceados.

ELENA. Eso es una tontería, perdona que te lo diga. Lo que me hubiera gustado esta mañana es que fueras a la playa, como habíamos quedado, para bañarte conmigo.

EDUAR. Pero, hija de mi alma, si me sienta como un tiro. Sobre todo esa nueva costumbre de irse al hotel, desde la playa, en "begnoir", me iba a costar la vida. Dos días lo hice, y he tenido que forrarme de franela, no te digo más.

ELENA. ¿De franela? ¡Qué horror! ¡Qué horror!

EDUAR. Nada, hija, horrorízate cuanto quieras, pero es verdad.

ELENA. ¡Pobre Eduardo! Ven a desentumecer esas piernas, hombre.

EDUAR. Perdona. Ya te he dicho que no juego más; en serio.

ELENA. Tú eres quien tendrás que perdonarme, porque me están esperando.

EDUAR. Vete sin cuidado, mujer.

ELENA. Que te alivies. Oye: ¿es amarilla la franela? ¡Ja, ja, ja! *(Mutis por el foro. Por la primera derecha sale Pitita. La carcajada de Elena al hacer mutis se confunde con la de Pitita, cuando sale.)*

PITITA. ¡Ja, ja, ja! ¡Pobre Eduardo!

EDUAR. ¿Tú también? ¿Has oído, acaso...?

PITITA. Sin querer, te lo aseguro. Venía y me detuve para no interrumpiros.

EDUAR. Y ¿qué te parece?

PITITA. Que me das lástima.

EDUAR. ¡Pitita...!

PITITA. Me has preguntado, y te contesto sinceramente, con toda la lealtad que me obliga... nuestra camaradería. ¡Se te pasó la época de ser novio...! Y tampoco te ha quedado la experiencia.

EDUAR. ¿Por qué lo dices?

PITITA. Porque ese papel, Eduardo, no ha entrado nunca en tu carácter.

EDUAR. (*Acercándose mucho a ella, con intención y a media voz.*) ¿Tan mal lo he representado siempre?

PITITA. No hablemos de eso...

EDUAR. Sinceridad, Pitita; acabas de decirme que me la debes. ¿Tan mal novio he sido?

PITITA. He dicho que el papel no ha entrado nunca en tu carácter.

EDUAR. ¿Ni cuando estuve sinceramente interesado...?

PITITA. Ni aun entonces, si alguna vez lo estuviste. El papel de novio es siempre un poco ridículo, y tú...

EDUAR. Yo, ¿qué?

PITITA. Prepárate, que voy a echarte un piropo. Tú es muy difícil que seas ridículo nunca.

EDUAR. Quizá lo esté siendo ahora.

PITITA. Quizá. Pero es porque necesitas representar el papel no sintiéndolo. Antes no lo eras porque, sintiéndolo o no, tal vez no querías representarlo. Siempre te aterró el ridículo, y en tus relaciones más íntimas procuraste siempre huir del romanticismo, no sé si por convicción o por miedo a parecer cursi. Por eso te he dicho que el papelito no ha entrado nunca en tu carácter. Por eso mismo empieza a desilusionarse Elena.

EDUAR. Si pensaba que me iba a pasar las horas recitándole versos al oído... No todo es poesía en la vida.

PITITA. ¿Qué me vas a decir a mí, Eduardo? Pero vete con esa cantinela a una chiquilla de poco fundamento, ilusionada por tu famosa leyenda.

EDUAR. ¿También has oído eso? Me encuentra inferior a mi leyenda. ¿Qué te parece?

PITITA. ¡Je! Que también se equivoca en eso.

EDUAR. Otro piropo. Muchas gracias, mujer.

PITITA. De nada. Eres muy superior. ¡Por muy despreciable que tú fueras, nunca lo serías tanto como tu leyenda!

EDUAR. ¡Pitita!

PITITA. Te duele, ¿verdad?

EDUAR. Me asombra la acritud de tus palabras.

PITITA. Pues perdónamelas. Olvidé al pronunciarlas que, por haber creído yo alguna vez en uno de los capítulos de tu leyenda, hemos llegado a ser tan buenos camaradas. Eso le debo a "tu leyenda", ¿no te parece?

EDUAR. Menos mal que ahora me reconoces superior a esas fantasías que te obstinaste en creer un día.

PITITA. Entonces también yo era romántica. De un romanticismo distinto al de Elena, pero romántica al fin. Hablemos de otra cosa. ¿Tenéis ya fijada la fecha de vuestra boda?

EDUAR. ¡Qué cruel eres!

PITITA. ¿Por qué? ¿Es que ya piensas no casarte?

EDUAR. No sé lo que pienso, ni lo que siento, ni lo que quiero. Elena me gustaba, ya lo sabes. Me convenía y me gustaba. Tú fuiste la primera en aconsejarme, lealmente creo, mi matrimonio con ella. Y como, por otra parte, yo hace algunos años que no creo en las grandes pasiones, me dirigí a Elena, esperando encontrar en ella las cualidades capaces de darme toda la felicidad a que yo puedo aspirar en esta vida: la tranquilidad, el reposo físico y moral. Ya ves qué poco pedía. Con eso me contentaba para ser feliz. (*Aparece Juan en lo alto de la escalera.*)

JUAN. (*Bajando precipitadamente.*) Este don Gregorio es algo grandioso. Veremos a ver, que... (*Sale don Gregorio por el foro.*) Don Gregorio de mi alma, es usted genial. Desde mi bal-

cón le he visto acercarse a la casa. ¡Qué pronto ha vuelto usted, querido! Eso me demuestra que...

GREG. Que no he ido, señor Marqués.

JUAN. ¡Caray! ¿Por qué?

PITITA. (A Eduardo.) Voy al *tennis*. ¿Vienes?

JUAN. (A Eduardo.) Quedate, tú, Eduardito. Puede que pronto seas marido. Te conviene aprender.

PITITA. ¡Ja, ja, ja! Pues hasta ahora. (Mutis Pitita por el foro.)

JUAN. (A Eduardo.) Verás por qué no ha ido, verás.

GREG. No he ido porque no me ha dejado la señora Marquesa.

JUAN. Exactísimo. Tiene usted razón siempre, don Gregorio. Pero, mire usted, me lo había figurado. Qué listo soy, ¿verdad? Permítame usted solamente una pregunta: ¿Qué necesidad tenía Pilar de saber adónde iba usted?

GREG. Era mi obligación enterarla, señor Marqués.

JUAN. Tampoco le falta a usted razón. Mi mujer es la dueña de la casa. Yo, en cambio, no soy nadie en esta casa. ¡Nadie! ¿Qué te parece?

EDUAR. No sé de qué se trata.

JUAN. Pues figúratelo, hijo. Sino que ahora es más grave que otras veces. Me vence un pagaré a las seis de la tarde... Se trata de una cantidad de cierta importancia. Don Gregorio iba a buscarme dinero adonde él sabe...

GREG. ¡Ojalá no lo supiera, señor Marqués!

JUAN. Y mi tierna esposa, no solamente se niega a dármele, sino que quiere impedir que me lo den los demás. Por lo visto desea verme en la cárcel de Bayona.

GREG. No diga eso.

JUAN. La consecuencia es clara. Pero hay una pequeña dificultad. A mí Bayona no me gusta. No sé por qué, pero siempre me ha sido antipática. Y la verdad..., ¡pasarme allí el otoño!

GREG. Se me ocurre una solución.

JUAN. Será luminosa, como de usted. Dígala, dígala, don Gregorio.

- GREG. En lugar de ir a pedirle el dinero a..., ¿eh?, a...
- JUAN. Continúe: los nombres huelgan.
- GREG. Podría ir yo mismo a ver si convenzo al acreedor.
- JUAN. Imposible. Ese hombre es ateo. Bastaría que le viera a usted para que se negara en redondo a conceder más plazos.
- GREG. Puedo vestirme de seglar.
- JUAN. No sea usted inocente, hombre. Ni poniéndose un pantaloncito blanco estilo chanchullo.
- EDUAR. Pero, bueno, y perdona que intervenga...
- JUAN. No, hijo, si te lo agradezco. Para eso te rogué que te quedaras.
- EDUAR. Yo creo, yo estoy seguro de que, si tan grave es la cosa, tu mujer no permitirá que...
- JUAN. ¡Ajajay, qué rico! ¿Ha oído usted, don Gregorio? Este sí que es inocente. Esa solución no se le hubiera ocurrido ni a usted.
- GREG. Señor Marqués...
- JUAN. Si yo tuviera vergüenza...
- EDUAR. ¡Hombre, Juan!
- JUAN. Déjame seguir. Si yo tuviera vergüenza me pegaría un tiro.
- GREG. Señor Marqués, eso nunca.
- JUAN. No se apure usted, que no me lo pego. Pero, en fin... Voy a sacar fuerzas de flaqueza y a realizar algo para lo que se necesita más valor. Don Gregorio, ángel honorario de esta santa familia, tenga usted la bondad de volver al jardín y decirle a mi dulce compañera que la espero aquí.
- GREG. ¿Que venga... aquí?
- JUAN. Aquí, aquí. Dígale usted que se lo ruego; ¿qué digo se lo ruego? ¡Que se lo mando! ¡Eso es, que se lo mando! (A Eduardo.) ¿Eh? Yo soy así.
- GREG. Está bien, señor Marqués.
- JUAN. Bueno, mejor será que no le diga usted que se lo mando. Para que no se intranquilece, ¿sabe? Ande usted, don Gregorio, que Dios se lo pagará.

GREG. Dios, puede. (*Mutis por el foro. Juan y Eduardo quedan solos en escena. Juan, sentado. Eduardo pasea pensativo. Un momento se acerca a Juan, con intención de decirle algo; pero se arrepiente, y vuelve a pasear. Por segunda vez se acerca a él.*)

JUAN. ¿Qué?

EDUAR. No, nada...

JUAN. ¡Bueno!... (*Más pausa.*)

EDUAR. Oye, Juan... ¿Es mucho?

JUAN. Diez...

EDUAR. ¿Cómo diez? ¿Diez mil pesetas, no?

JUAN. Duros.

EDUAR. ¡Caramba! Entonces...

JUAN. ¡Eres un ángel, Eduardito! Te agradezco tu intención como si me acabaras de firmar un cheque. Pero yo me hago cargo. Entre mis numerosas virtudes figura la de hacerme cargo de las cosas. Yo me doy cuenta de todo, Eduardito, ¡de todo! Y en pago a tu generosidad, estéril, pero generosidad al fin, voy a darte un consejo leal: no te cases.

EDUAR. ¡Hombre, Juan!

JUAN. No te cases. Te lo dice un hombre que conoce el matrimonio, y a las mujeres modernas: muy bien educadas para el mundo, muy exquisitas..., muy agradables, sobre todo, antes del matrimonio; honradas algunas de ellas, la mía he tenido la suerte de que lo sea, pero...

EDUAR. Pero ¿qué?

JUAN. Muchos peros, querido; no te cases, créeme a mí. Y si te cuesta trabajo creerme, mírate en mi espejo y me creerás. (*Confidencial y dándole mucha importancia a la frase.*) A mí me han estafado.

EDUAR. ¡Hombre, Juan!

JUAN. ¡A ver! Cuando yo me casé ya era marqués y grande de España, y ya me había quedado sin un cuarto. Mi mujer era millonaria, gracias a ciertos negocios que hizo su padre, un riojano muy listo, contratista de carbón inglés. A Pilar

le agradaba ser marquesa, ¡debilidades humanas, chico! Nos casamos. Ella logró ser marquesa y grande. Sigue siéndolo y continúa siendo rica. Yo continúo sin tener un cuarto. ¡Si esto no se llama una estafa, que baje Dios y lo vea! (Pausa.) ¿Ah, pero no te hace gracia?

EDUAR. No, Juan. No me hace gracia, no.

JUAN. Pues me choca. Siempre que he contado la historia se han reído mucho los que la escuchaban. Es la primera vez que me falla.

EDUAR. A mí me parece una historia triste...

JUAN. (A punto de dejar las bromas.) ¿De verdad?

EDUAR. ¿No lo ves?...

JUAN. ¡Pues déjame decirte entonces que es la primera vez que no me falla!... (Se le llenan los ojos de lágrimas.)

EDUAR. ¡Juan!...

JUAN. Deja... Tú has tenido la culpa... Es ridículo, ¿verdad? ¿Yo con los ojos húmedos?... Ridículo... ¡o sublime a fuerza de ser grotesco! Lo mismo que áquel don Pedro Congosto del episodio galdosiano, ridículo defensor de agravios ajenos. Claro que no es igual, aunque la situación se parezca. Congosto era un tonto de sentimientos sublimes, y yo..., yo dicen que soy un sinvergüenza.

EDUAR. No, Juan.

JUAN. Sí, Eduardo, sí. En este momento de sinceridad te añadiré que yo tengo la mayor parte de culpa en lo que me sucede. No toda, ¿eh?; pero la mayor parte. Eso no impide para que asienta a tus palabras, esta vez sin hipocresía, y reconozca contigo que, en efecto, mi situación en la vida es triste..., muy triste... Eduardo, muy triste... (Pausa.) ¿Qué piensas?

EDUAR. En todo eso... ¡Tu mujer! Hasta luego. (Mutis por la izquierda. Por el foro salen Pilar y don Gregorio.)

PILAR. Hola.

JUAN. Hola, pichoncita, ¿qué hay?

PILAR. Lo que tú me digas, pichón.

JUAN. ¡Qué amable! Pichón me dice. ¿Ha oído usted, don Gregorio? ¡Je!

PILAR. Tú me has llamado, luego tú dirás. Sí te suplicaré que abrevies, porque me esperan fuera.

JUAN. ¿Mucha gente?

PILAR. Campeonato de *tennis* internacional. No te digo más.

JUAN. ¡Qué bien! Internacional... Tiene gracia la frase, ¿verdad, don Gregorio?

GREG. Yo no digo nada, señor Marqués.

JUAN. Pues me ha matado usted.

GREG. No digo nada de eso del campeonato. Referente a lo otro, ya sabe la señora Marquesa mi opinión, mi humilde opinión.

JUAN. ¿Te ha dicho...?

PILAR. Me ha dicho adónde le habías enviado.

JUAN. Ya.

PILAR. Que es, precisamente, el mismo sitio adonde yo le he prohibido ir.

JUAN. Si yo no tengo ningún interés, tonta. Lo que yo necesito es..., ya sabes lo que es. Los medios me importan poco, lo que me interesa es el fin.

PILAR. Espera. (*Va hacia un secreter y busca algo en un cajón.*)

JUAN. (*A don Gregorio.*) ¿Eh? ¿Me lo va a dar?

GREG. Si atiende mis consejos, sí, señor Marqués; pero...

JUAN. ¡Don Gregorio de mi alma!

PILAR. (*Volviendo con un libro de cheques en la mano.*) ¿Tú sabes lo que es esto?

JUAN. Un libro de cheques. Digo, si mi memoria no me es infiel.

PILAR. Si tu memoria no te es infiel, ¿verdad? Diselo al juez que te declaró pródigo.

JUAN. Ni aun para eso me resistí.

PILAR. En fin, esto no es del caso.

JUAN. Tú lo has recordado.

PILAR. Este libro de cheques está dedicado a ti por entero.

JUAN. ¡Caramba! El primer libro que me han dedicado en mi vida.

- PILAR. Un libro de biografía. La historia de un hombre relatada en un libro de cheques.
- JUAN. Muy original.
- PILAR. Hojéale.
- JUAN. No hace falta, rica. Te creo bajo tu palabra.
- PILAR. (*Leyendo los justificantes de las hojas cortadas.*) Enero, tres mil pesetas. Febrero, lo mismo.
- JUAN. Mi mensualidad, claro. Y que año nuevo, vida nueva.
- PILAR. Marzo, ¡diez y ocho mil!
- JUAN. ¡Je! El Buick que me regalaste por Carnaval. ¿No te acuerdas?
- PILAR. Abril, tres mil. Mayo, ¡doce mil...!
- JUAN. El mes de las flores.
- PILAR. Junio, tres mil.
- JUAN. Un mesecito normal. ¿Ves? ¿Lo ves cómo vuelvo a la normalidad?
- PILAR. Otro de junio, cuatro mil.
- JUAN. ¡Mi santo, mujer! San Juanito. Claro.
- PILAR. No estás tú mal santo. Julio, setecientas.
- JUAN. ¿Setecientas? (¿Qué estaría yo pensando en Julio?) ¡Ah, sí! Cuando mi neurastenia, ¿no te acuerdas?
- PILAR. En agosto, diez mil...
- JUAN. Cuando me curé: las corrientes eléctricas.
- PILAR. ¿Sí, verdad? Y del pico del mismo agosto, ¿te acuerdas?
- JUAN. No me quiero acordar. Pero deja eso. Me abrumas.
- PILAR. Más me abrumas tú a mí. Y aún tendrás valor para decir que te estafo. ¿Pero qué haces con el dinero, puede saberse?
- JUAN. ¿Crees acaso que yo mismo lo sé? Ahora se trata de una deuda de honor, *de honor*, ¿comprendes? Necesito esa cantidad a toda costa.
- PILAR. ¿Has jugado? ¡Dime la verdad!
- JUAN. (*Asombrado.*) ¿Cómo?
- PILAR. Que no me mientas, que por una vez en tu vida me digas la verdad.
- JUAN. ¿Ah, pero, pero es que quieres la verdad? ¿Por una vez me pides la verdad? Pues prepárate, ne-

na de mi alma, que voy a decírtela. ¡La verdad es que esto es intolerable, que ya no puedo aguantar más, que estoy en mi casa como un extraño, en esta casa que es mía, mía, porque en todos los tapices, en todas las cortinas, en todos los muebles y hasta en las toallas no veo más que mi corona y mi escudo por todas partes! ¡Que esto es una estafa!

PILAR.

¡Juan!

JUAN.

¿No querías la verdad? Pues no hay otra. Ya me he quitado la caretita, mira.

PILAR.

¡Eso es la letra de un tango!

JUAN.

Pues también es la verdad que ahora, antes y siempre he detestado los tangos, que me cansan sus letras melosas. ¡Y que no puedo aguantar a vuestro amigo Ledesma, que es un tango que anda! (*Sale Ledesma por el foro en traje y con raqueta de "tennis".*)

LEDES.

¿Cómo?

PILAR.

¡Jesús!

LEDES.

(*Muy excitado.*) Perdón si interrumpo. Vengo asustado, señores; verdaderamente aterrado. ¿No saben lo que pasa?

PILAR.

¿Qué pasa?

LEDES.

Imagínese que estabo yo jugando el noveno partido de la tarde, cuando llegó Carrizo mi compatriota, con una noticia tremenda, inesperada, ¡trágica, no más! El Gran Duque... (*Sale Pitita por el foro y queda escuchando. Poco después que ella, Eduardo por la primera izquierda.*)

JUAN.

¿Remigio? ¿Mi amigo Remigio? ¿Le ha pasado algo quizá?

LEDES.

Una cosa terrible, señor. ¡Tan simpático! ¡Tan caballeroso, che! Con lo que le quería todo el mundo. ¡Tan agasajado, tan respetado, tan traído y llevado!

PILAR.

Pero... ¿algún accidente?

LEDES.

Un accidente trágico, señora. Imagine, no más. Ayer lo llevó en su automóvil a España Quique Carriedo. Y no hicieron más que atravesar la

frontera cuando en el mismo puente, ¡espantoso!, lo detuvo la Policía española y lo entregó allí mismo a la Guardia civil. Era un gallego, ¿no saben?, un estafador catalán procedente de Reus.

JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Paisano de Prim!

PILAR. ¡No!

EDUAR. ¡Qué atrocidad!

GREG. ¿Pero es posible eso?

JUAN. ¡Ja, ja, ja! ¡Era un timo! ¡El timo del Gran Duque! ¡Ja, ja, ja! ¡Ay, qué tío más salao!

PILAR. ¡No te rías, que me pones nerviosa!

LEDES. ¡Yo estoy desolado, créame! ¡Desolado! ¡Yo he comido con ese hombre! ¡Ustedes lo han invitado a su casa! Todo el mundo lo ha tratado como a un príncipe de veras, le ha sacado dinero a todo el mundo.

JUAN. A mí no, palabra.

LEDES. ¡Las cosas de Biarritz! No se sabe quién es nadie, creemos a todos bajo su palabra. metemos en nuestra intimidación al primer arriete, al primer desconocido que se nos acerca.

JUAN. Exactísimo, amigo mío. Nunca hemos estado tan de acuerdo como hoy.

LEDES. Yo estoy desolado. Yo no puedo seguir jugando. Yo me voy ahora mismo a Royalti, al Casino, a todas partes, a contar la noticia. ¡Cosa bárbara, che! Con su permiso. ¡Cosa bároara! (*Mutis por el foro.*)

JUAN. ¡Ja, ja, ja!

PILAR. ¡Ay! Que no te rías te he dicho.

JUAN. Y éste a lo mejor nos resulta otro arriete. Algún vendedor de babuchas de Tánger.

PILAR. ¡Juan! ¡Mira que estoy muy nerviosa!

JUAN. Yo no lo estoy menos. ¡Y harto! ¿Lo sabes? ¡Harto!

PILAR. ¿Ah, es que me vas a chillar?

JUAN. Haré lo que quiera. Ya he dicho que me he quitado la caretita. ¡Fuera hipocresía! Y chillo, sí, señor, ¿qué pasa?

PILAR. Que estoy muy nerviosa, que soy capaz de

echarte ahora mismo de mi casa... ¡Ahora mismo!

PITITA. Pilar... Pero Pilar, por Dios.

JUAN. Hazlo si te atreves. Pero te advierto que me llevaré todas mis coronas. Te dejo tus pesetas, que ahora valen más.

PILAR. *(Con rápida decisión.)* Sube a mi cuarto.

JUAN. ¿A qué?

PILAR. Ya lo verás.

JUAN. *(Escamado.)* Subiré. Pero con una condición.

PILAR. ¿Cuál?

JUAN. Que nos acompañe don Gregorio.

GREG. *(Con cómico asombro.)* ¿Yo, señor Marqués?

PILAR. Se lo iba a suplicar yo también.

GREG. En ese caso...

PILAR. *(Subiendo.)* ¡Vamos!

JUAN. ¡Vamos!

GREG. *(Resignado.)* En fin... ¡vamos allá! *(Suben los tres por la escalera. Juan, que va el último, se vuelve cuando ya está casi arriba.)*

JUAN. ¡Pchst! ¡Tú!

EDUAR. ¿Es a mí?

JUAN. No te cases. *(Mutis. Quedan solos Pitita y Eduardo.)*

PITITA. ¡Ja, ja, ja!

EDUAR. Yo no me río. ¡Pobre hombre! ¡No sabe él la compasión que me inspira.

PITITA. No es para tanto. A pesar de todo, es feliz.

EDUAR. Haciendo el ridículo. ¡Pero qué gran favor le debo, Pitita! Por haber coincidido su presencia aquí con la mía, he precipitado la resolución inquebrantable que hace ya varios días, sin querer confesármelo a mí mismo, esperaba tener que adoptar.

PITITA. No sé si felicitarte.

EDUAR. ¿Por qué no? Cuando me aconsejaste que hiciese lo que ya estoy resuelto a no hacer..., reconoce que no fuiste sincera.

PITITA. Sí lo fuí. Recuerda que me preguntaste lo que haría yo, y a eso no te contesté. Para aconsejarte me tuve que poner en tu lugar, esforzán-

dome en pensar como tú pensabas, sentir que tú sentías el fracaso de tu vida, que para remediarlo... necesitabas un minimum de veinte mil duros de renta anual. Elena es bonita, rica, buena, ni mejor ni peor que la mayoría de las muchachas; tú lo reconocías así. Y como te gustaba sinceramente y, por otra parte, ya no crees en las grandes pasiones; como sólo aspirabas a una vida tranquila y a una serena felicidad, basada en la estimación mutua, en la sinceridad de todos esos sentimientos tuyos busqué yo la sinceridad de mi respuesta. No hubiera sido sincera teniendo en cuenta mis propios sentimientos, pero poniéndome en tu caso, sí. Por eso te aconsejé que te casaras con Elena.

EDUAR. ¿Y crees tú que a su lado encontraría una vida tranquila?

PITITA. Esa era sólo una de las cosas que buscabas.

EDUAR. Y la primera que me convencí que no tendría. Otro desengaño se lo debo a Juan. Y los demás a ella, a mí mismo, porque no he sabido interesarla.

PITITA. Tampoco has puesto gran empeño en conseguirlo.

EDUAR. Hubiera tenido que empezar mintiendo y, antes de entrar en esta casa, por comprarme un bisoñé que tapara mi calva, que ya empieza a ser alarmante.

PITITA. ¡Ja, ja, ja! Pero hubiera sido ridículo, y tú...

EDUAR. Prefiero que me encuentren viejo, es verdad. Tú, en cambio, estás como una rosa. ¿Qué haces tú, Pitita, para conservarte tan joven?

PITITA. Entre otras cosas, serlo algunos años más que tú, ¡vejestorio!

EDUAR. ¡Je! La verdad es que exageré un poco la nota con Elena.

PITITA. ¿Ves cómo nunca has puesto empeño en interesarla?

EDUAR. Si yo te dijera una cosa, ¿me creerías?

PITITA. Prueba a ver.

- EDUAR. Cuando yo llegué a esta casa, si no te hubiera encontrado en ella, es posible que mi conducta hubiese sido muy distinta. ¿Me crees?
- PITITA. No tengo inconveniente. Pero, a ver, a ver, explica eso. ¿Remordimientos?
- EDUAR. O comparación.
- PITITA. Ya. ¿Y si yo te dijera otra cosa, te ofenderías?
- EDUAR. Según.
- PITITA. Mi intención no es ofenderte, palabra.
- EDUAR. Entonces, dila.
- PITITA. Es un grito que me sale del alma, tan sincero como cuando me puse en tu caso...; quiero ponerme otra vez para decirte lo que estás pensando ahora. ¡Qué lástima, Eduardo; qué lástima que no tenga yo veinte mil duros de renta!
- EDUAR. No me ofendo, no; porque hay algo más triste: no tenerlos yo. Soy yo quien debía tenerlos, no tú, Pitita.
- PITITA. Lo que es lástima, entonces, que no te creas capaz de conseguirlos.
- EDUAR. Ya has visto mi fracaso.
- PITITA. Que ha sido el triunfo de tu conciencia. Por ese lado sí, te felicito. Pero hay otros medios.
- EDUAR. Empiezo a ser viejo. Tú misma lo comprendes.
- PITITA. Para ilusionar a una chiquilla con poco fundamento, quizá. Para despertar a una vida nueva, para resurgir de tus cenizas, no, Eduardo.
- EDUAR. ¿Mis cenizas?
- PITITA. Tus restos de capital, los campos abandonados, la casa a medio derruir... Un soplo de fuerza, de voluntad... ¡y quién sabe, hombre! Tú vales mucho.
- EDUAR. ¿Lo crees tú, Pitita? ¿De verdad crees que yo puedo servir para algo?
- PITITA. Prueba, siquiera.
- EDUAR. ¡Pero yo solo! ¡Ah, si yo tuviera en quién apoyarme! ¿Te acuerdas, nena? Esto que hoy me dices te lo propuse yo en tiempos de nuestro remoto noviazgo. Entonces soltaste una carcajada que me heló la sangre y me hiciste pensar: ¡nadie cree en mí!

PITITA. Y no creía. Tú no estabas maduro.

EDUAR. Y, sin embargo, te quería tanto..., te he querido de tal modo, que por ti, sólo por ti...

PITITA. ¿Qué?

EDUAR. Que sólo por ti me sentiría fuerte, joven, con otra juventud distinta de la que estos días me exigían. Si tú aún tuvieras fe, si todavía fueras capaz, tú y yo, fuertes, animosos, volveríamos a aquella tierra abandonada, y la casona, los campos quizá resurgirían.

PITITA. Resurgirían, Eduardo, ¡resurgirán!, y tus facultades buenas resurgirán también. Pero si esto es un renunciamiento, si es lo que me ofreces una agonía de tus ilusiones...

EDUAR. No, mujercita mía; cuando, por aquella obstinación tuya me vi precisado a renunciar a nuestro cariño, huí de mí mismo para buscar fuera otras esperanzas y otras ilusiones. Hoy, despechado y desilusionado, al volver a encerrarme en mí mismo, me parece que te vuelvo a encontrar, Pitita; me parece que tú me estabas esperando, resignada y silenciosa, dentro de mi propio corazón.

PITITA. Pues déjame decirte otra cosa. Que de tu desilusión de ahora, de tus vacilaciones de estos días no es culpable la juventud de Elena, ni tu madurez, ni el triste ejemplo que has visto en esta casa; que todo ha sido obra de mi voluntad y de mi deseo. Esta es la única verdad, a pesar de mis palabras anteriores. Te quiero mucho, Eduardo, joven o maduro, pobre o rico, ¡qué me importa! Para mi cariño no hay razones, y la única verdad es ésa: que te quiero, Eduardo, que te quiero...

EDUAR. ¡Nena de mi alma! *(Por la escalera bajan Juan y don Gregorio. Juan trae puesto el mismo abrigo, el mismo sombrero y, en la mano, la misma maleta que traía al final del primer acto.)*

GREG. Vamos, señor Marqués, vamos...

PITITA. ¡Juan! ¿Te vas?

JUAN. Me voy. Pilar me ha dado lo que necesitaba

con esa condición. (A Eduardo.) Adiós, tú. No te cases.

EDUAR. ¿Pero te vas en serio? ¿Hasta cuándo?

JUAN. Espera. (Contando con los dedos.) Septiembre, octubre, noviembre... Para las Navidades iré a pasar una temporadita en Madrid a casa de esta simpática familia. Adiós, Pitita. ¡Ánimate para entonces tú también, mujer! Ya sabes lo bien que se come. Yo te invito.

PITITA. Este invierno es imposible, querido Juan. Lo voy a pasar en Extremadura, en una casa donde quizá no se coma tan bien, pero donde me quedaré ya siempre, porque, al fin, será mi casa, ¡mi casa, qué alegría!

GREG. ¡Ah, picarona!

JUAN. ¿Eh?

PITITA. Pero antes, con el permiso de éste, les convidó yo a nuestra boda. ¡Alguna vez tenía que ser yo la que invitara!

EDUAR. ¡Bendita seas!

GREG. Déjeme usted que le dé un abrazo, hija mía...

JUAN. Allá vosotros. Hay quien dice que "eso" algunas veces sale bien. Hasta la vista, señores. Me marchó por donde entré. La comedia ha terminado. Por mí, ya se puede bajar el telón. (El tramoyista, en vista de eso, le hace caso.)

TELON

Madrid, Nochebuena de 1927.

# EL TEATRO

MODERNO

EJEMPLAR: 50 CÉNTIMOS

## PRECIOS DE SUSCRIPCION

Hispano-América		Otros países	
Año.....	Pesetas 24	Año.....	Pesetas 40
Semestre....	» 12	Semestre....	» 24
Trimestre...	» 6	Trimestre...	» 12

## PAGO ANTICIPADO

LOS NÚMEROS ATRASADOS SE VENDEN  
AL MISMO PRECIO QUE LOS CORRIENTES

### CONDICIONES DE VENTA

Los pedidos deberán venir acompañados de su importe; y los del Extranjero, salvo Portugal y América y sus posesiones, del 10 por 100, además para gastos de envío.

Los pagos se efectuarán por giro postal, en cheque a la vista sobre cualquier Banco de Madrid, en sobre monedero de valores de billetes, contra reembolso donde se halle establecido este servicio o en sellos de correos cuando el importe neto no exceda de diez pesetas.

**PRENSA MODERNA**



PRENSA MODERNA

A. AGÜILERA 58 - MADRID - APARTADO: 8012

LOS NOVELISTAS

LA NOVELA  
PASIONAL

EL TEATRO  
MODERNO

FRU-FRU

PUBLICACIONES